

CARTAS INEDITAS

del Señor Canónigo Don
José María Gómez Angel

Marzo 26 de 1863.

Mi adorada Madre.

Antier, U. lo sabe, fué el trigésimo nono aniversario del dia en que U. me dió a luz— Dia de regocijo fué aquel para mis queridos Padres i para toda la familia: Para U. i mi padre porque yo era su primogénito: era yo el primer nieto de mis abuelos paternos, el primer sobrino de los hermanos de mi padre. Respecto de mis abuelos maternos no fuí ménos causa de alegría: U. era la hija mimada de sus tiernos i justamente mui queridos padres. Hace muchos años que el dia de mi cumpleaños es para mi un dia de melancólica tristeza: desde que por sus cuidados de U. me encontré en actitud de pensar con seriedad sobre mi eterno porvenir, desde que la educacion religiosa i cristiana que U. me proporcionó me hizo entender que todo lo de este mundo no es sino sombra e ilusión, i que lo único positivo que hai es Dios a cuya posesión debemos aspirar, cada aniversario mio es el principio de una nueva jornada, un jalón mas en el camino de la vida desde donde contemplo el pasado que nunca me satisface pues lo veo señalado con mis caidas e imperfecciones, i el porvenir oscuro e incierto en donde nuevos peligros me aguardan, i al fin del cual,

si la muerte no me sorprende, me hallaré sin haberlo andado con paso mas seguro.

¡Oh! Si la esperanza, esta áncora suspendida desde el cielo i a la cual nos hemos asido en la tierra no nos sostuviera, la memoria del pasado, los infortunios del presente, i las angustias del tenebroso porvenir acabarian por sí solos con nuestra miserable existencia.

En esta última época, Dios se ha servido probarnos con grandes tribulaciones; i hoy me separan de sus caricias maternas diez i nueve leguas; hoi soi huérfano pues mi Padre, mi amado Padre descansa en la tumba; hoi soi un prófugo que oculto en los montes i en el corazón de las montañas mi existencia amenazada por las severas órdenes del Jeneral Tomás C. Mosquera, i mi nombre odioso para los enemigos de la Religión i de la Iglesia, i para los seides del tirano que por un efecto de la indignación celeste tiene en sus manos el gobierno de nuestra desolada patria: hoi no soi el objeto de sus caricias de U. i de mis hermanas, del respeto i cariño de mis sobrinos, soi el huesped desvalido de la caridad cristiana: sino mendigo el endurecido mendrugo de los pobres, es porque el respeto i la conmiseración unidos que inspira un sacerdote desgraciado tocan mas vivamente que los tristes jemidos i las ardientes lágrimas del hambriento pordiosero: hoi en fin a la vez que carezco de recursos propios para socorrerla a Ud en sus necesidades i para proveer a las mias propias, estoi reducido a la condición de sacerdote suspenso del ejercicio de sus funciones. ¡Bendito sea Dios! Que catástrofe esta, en que todo ha sufrido en mi el cuerpo i el alma, el corazón i el cerebro, los bienes de fortuna i el honor, los afectos de familia i los de amistad, las relaciones privadas i las sociales! ¡Que cúmulo de males han recaído sobre mi! ¡Oh! ¡¡¡ que triste aniversario he tenido!!!

Acaso algun día, mis sobrinos; acaso algun dia olvidándose la historia de los acontecimientos pasados, se recordará mi nombre en el hogar de mi familia, se recordará que yo anduve fujitivo de la cárcel i perseguido de muerte por las autoridades que en 1863 gobernaban el Estado de Antioquia i a la República de la Nueva Granada, o sea Estados unidos de Colombia ;tal vez mi nom-

bre perseguido será cubierto de oprobio i de ignominia; o por lo menos incitará a la curiosidad la memoria de mis persecuciones: quiero dejar historiado en este escrito mi crimen. Quiero mas, madre querida, consagrar estos dias a conversar con U. contándole mis cuitas i mis trabajos: pero quiero mas todavia recomendar a U. a mi familia todas las varias personas que en la actualidad me han servido, i a las cuales no podré nunca recompensarles sus servicios, sino orando por ellos i pidiendo al cielo premie con felicidades eternas los muchos bienes que hicieron al desgraciado i aflijido hijo de U. No quiero omitirle nada, ni de los sucesos, ni de los favores recibidos, ni mis reflexiones; nada de mis goces ni de mis pesares. ¡Oh! si me fuera dado hacer conocer por sus propios nombres en todo el orbe a mis benefactores!

PARTE PRIMERA

Empiezo mi relacion.

Desde los últimos dias del mes de octubre de mil ochocientos sesenta i dos, se notaba en el valle de Medellin alguna cosa de extraordinario. Los hombres malos, es decir, aquellos que creen haber nacido para gozar i para dar rienda suelta a sus pasiones: aquellos que no pretenden vivir sino sin lei i sin religion, los que luchan contra toda autoridad, los que hacen consistir la libertad en el libertinaje i aquellos desgraciados a quienes la ignorancia cegó i que en la oscuridad no encontraron otra luz ni otra ciencia que la de los impíos, abandonando las ocupaciones comunes de la vida se reunían en clubs en que irritados por la crápula, eructaban en sus orjías vivas a su libertador Mosquera, mueras al fanatismo. Siempre blasfemando los impíos de lo que no conocen i de lo que aborrecen han llamado fanatismo la religion sacrosanta de nuestro Salvador. Los capitalistas i sus mujeres e hijos formaban un coro aparte en que se ajitaban escojitando los medios para hacer a su dueño i señor una recepcion que correspondiese a sus riquezas, i era de verse en aquellos dias la solicitud con que adornaban arcos triunfales, banderas, colgaduras i coronas: las casas se refaccionaban, los muebles se renovaban, los pavimentos se entapizaban, vestidos soberbios se pre-

paraban, el oro i la seda entraban con profusion a acariciar la vanidad de las viejas i de sus jóvenes, de los hombres i de las mujeres, que habian visto lucir segun ellos gritaban, la era de su independecia, que habian visto caer el imperio de la lei i de la religion católica, apostólica romana.

Los hombres buenos, los hombres de honor i de religion sentian un malestar profundo, sus corazones estaban contristados, ajitados por inquietudes i zozobras espresaban con lágrimas i suspiros los temores por su porvenir i el de sus familias. Los sacerdotes del Señor, fieles a su santa lei contemplaban en lo que veian los males que amenazaban a la Iglesia: imploraban la misericordia del Señor con las humildes plegarias del Profeta Rei, lloraban la desolacion del lugar santo con los sentidos lloros de Jeremias, i conjuraban al cielo para que aplacase su justa indignacion. Las virjenes santas, las esposas del cordero, inocentes como las palomas, timidas como los corderos, escuálidas por el dolor, llorosas sin consuelo, arrodilladas al pié de los altares renovaban sus votos i sus promesas, añadian nuevos votos de fidelidad pidiendo al Señor consuelo a su aflixion.

Los templos inspiraban por si mismos un no sé qué de pavor, su silencio era imponente, la lámpara habia perdido su claridad, oscuro estaba el Santuario i pareciera percibirse la voz de los ángeles del templo de Jerusalem en los dias que precedieron a su destruccion: ¡Salgamos de aqui! ¡ Salgamos de aqui! Yo vi tambien un signo que en tiempo de los romanos hubiera tenido mucha importancia. Era la tarde del 5 de noviembre: negros nubarrones ocupaban la atmósfera e interceptaban los rayos del sol: mustia i sombría la naturaleza reposaba en un lóbrego silencio. Abrumado de pesares me había sentado tristemente en las gradas del altisimo de mi iglesia de Belen, pensaba en mi querido padre que aquejado por una cruel enfermedad sufría horrorosamente, pensaba en el porvenir de la iglesia i de la religion en nuestra tierra, reflexionaba sobre el contraste que ofrecian la aflixion de los hombres de bien, i las salvajes orgías de los malos, consideraba mi porvenir, los pesares que mi adorada Madre i mis tiernas hermanas tendrian que arrostrar, cuando de repente una ágil go-

londrina se eleva en los aires desde el campanario de la iglesia; alegre zurcaba el espacio, ya en una, ya en otra direccion pareciera haberse olvidado de la tierra para aspirar a la infinidad del espacio, cuando súbito una siniestra ave de rapiña aparece en los aires por el sur: mui pronto, sí, mui pronto recoge sus alas i con la velocidad del rayo se dirige hacia la inocente golondrina: esta evade su encuentro con una agilidad admirable; el voraz aguilucho burlado en su primera tentativa vuelve con mas ferocidad hacia la desgraciada victima de su rapacidad i otra vez la victima se escapa; pero como atemorizada i sorprendida su vuelo es ya incierto i cansado, como que implora algun socorro se elcanzan ya a oir sus lastimeros pios; pero no puede escapar tercera vez a la astucia de su formidable enemigo que se ha propuesto devorarla. ¿Que cosa mas comun sobre la tierra que semejantes espectáculos? Pero mi imaginacion me hacía ver en este un augurio funesto. La cándida, la immaculada esposa del Cordero de Dios, la iglesia santa seria también víctima de la ferocidad i rapacidad del Tirano que venia del Sur.

Amaneció el 6 de noviembre de 1862: el estampido del letal cañon anunció la aurora de ese dia: era necesario que los instrumentos de la muerte i las musicas bélicas anunciaran ese dia. La ciudad se conmueve de un extremo al otro, el bullicio crece de todas partes, por las calles resuenan en prolongados ecos la grito i la algaraza del libertinaje: los adornos se renuevan i Medellín se ostenta galana i embellecida como la víctima que en otra edad se cargaba de cintas i de flores para llevarla al altar en donde debia ser degollada: los pueblos del contorno ofrecen su continjente de insensatos espectadores, i las calles que conducen a la capital ofrecen el espectáculo de caudalosos rios que llevan sus oleadas de jentes, unas tras otras a un mar de confusion.

El sol tocaba ya la meridiana cuando desde el campanario de la aldea de Belen se percibe en la cima de Santa Elena i por el camino de Rionegro una polvareda conque una nube de genízaros, que acompañan al Jeneral Mosquera, cubre el cielo. En aquel momento creí ver el sol que arrojaba sobre esta tierra pavorosos fulgores: dos horas despues las cordilleras que forman nues-

tro valle repetían los ecos del cañon: la grito crece, i Medellín es manchada con las plantas del Tirano: se quiere oír i con ansiedad alguna palabra de su boca, i los ilusos repiten los hipócritas discursos de ese monstruo de la humanidad, de ese aborto de la naturaleza, de ese apóstata de nuestra religión.

¡Que ansiedad en aquellos días! El terror dominaba los ánimos: el tirano se había escondido en su palacio; puéstose bajo la salvaguardia de una soldadesca digno pedestal de su trono; alejándose de las miradas de todos; era necesario ser un pícaro para poder llegar hasta él —los agentes de iniquidad, vómitos del infierno eran los únicos que como aves de mal agüero revoloteaban en rededor de aquel palacio—. No se hizo esperar largo tiempo la tempestad que se temía. A la manera que un volcan cuyo hondo cráter invisible a los humanos, empieza a bramar sordamente espeliendo gases que turban la serenidad del cielo, hace conmovér las montañas que lo circundan i arroja en fin la lava que arrasa las ciudades i los campos, llevando el espanto i la consternación, la destrucción i la muerte: así, desde el asiento del tirano empezaron a forjarse decretos de persecución que cubrieron de llanto y lágrimas la ciudad todavía ebria de sus orjias anteriores. Los decretos de Tuitación i Desamortización de bienes de manos muertas fueron publicados el 11 de noviembre; setenta i dos horas eran el término concedido a los Ministros del Altar, guardianes de la libertad de la Iglesia, fautores de la magnificencia del culto, para presentarse a prometer obediencia a los dictados del Tirano, con injuria de sus votos i con desprecio de los estatutos de la religión. Era este el primer golpe dado a la Iglesia, pero era un golpe de muerte: necesariamente las iglesias quedarían desiertas; el culto terminaría; la fuente de gracias que los sacramentos confieren, se suspendería: los fieles quedarían huérfanos entregados a su propia suerte; los Ministros seguirían la suerte de los primeros siglos, ocultando su existencia en los yermos, o espatriarse i sufrir los horrores del destierro, sino era que cobardes i criminales sometiendo a un gobierno impío, apóstatas infames, rompiendo la unidad católica, introduciendo en el lugar santo temerariamente, pretendieran conservar el aparato de culto católico, aunque como la rama corta-

da de su arbol sin recibir la savia que lo alimenta, pues que rompiendo la unidad católica quedarían excluidos de la nave de Pedro, del seno de la Iglesia fuera de la cual no hai salvacion ¡Que agustias para un sacerdote! o sufrir la saña de los perseguidores o abrazar la vida de los bosques i de las catacumbas; o arrastrarse en compañía de su pueblo precipitadamente al infierno. Un sacerdote fiel no tenia duda en la eleccion, i primero debia morir, llevar la vida del proscrito, ántes que obedecer al impío tirano.

Yo habia sido de los primeros sacerdotes que desde que el tirano empezó el 20 de Julio de 1861 a perseguir la relijion i la Iglesia levantó en esta tierra la voz para advertir al pueblo la iniquidad de los decretos contra la Iglesia. Yo fui el autor de las protestas tituladas “La tuicion”, “Una palabra”, “Una palabra mas” habia predicado la celebracion de los triunfos de las armas que defendian la relijion en Carolina i Santodomingo; dirijia los ejercicios piadosos de las señoras de Medellin cuando conjuraban al cielo en nuestro favor; en fin yo contribuia a sostener la santa causa, con mi palabra, con mi ejemplo, con mi pequeño influjo. Todo esto porque comprendia, tan bien como el mejor, las tendencias del tirano contra la relijion. Si alguna cosa tengo de que arrepentirme hoi a este propósito no es por lo que he hecho; sino porque pudiendo hacer mas no lo hize.

Con tales condiciones en las emergencias que atravesábamos debia yo ser el primero en dar el ejemplo de la fuga, escapar las violencias que contra nosotros se premeditaban— Asi, tan luego como se publicó el decreto de Tuicion aconsejé a los sacerdotes dignos de Medellin consumieran en sus respectivas iglesias las especies sacramentales, ocultasen las alhajas de la rapacidad de los ladrones públicos i pusiesen en seguridad sus personas. Yo me preparaba a hacer otro tanto, pero estaba destinado por la Providencia a sufrir mayores desgracias que ningun otro de mis hermanos.

Setenta i dos horas de término se nos concedió para resolver de nuestro sometimiento i contadas desde el lunes once de octubre terminaban el juéves 13 a las dos de la tarde. Bien sabia el tirano cual seria la conducta

que observaria el clero fiel, i ordena que en el mayor secreto seamos apresados en la noche del doce. En esa misma noche debia yo huir, porque temia que se nos sorprendiera; pero la multitud de los fieles se habia agolpado en la iglesia solicitando por última vez los santos sacramentos: yo fui testigo de sus lágrimas i de su aflixion: hubo quienes lloraran el haber sido rojos i querian empezar una vida de católicos; no me pareció justo dejarlos sin el consuelo de la sagrada comunión. Habia mandado construir una caja portátil para conducir los ornamentos i utensilios para la celebracion del santo sacrificio de la misa en el altar portátil, i dicha caja no fue construida oportunamente. Teniendo en Medellin tres cuñados i creyendo que mis amigos, que tenia la ilusion de creer eran muchos, algunos de ellos por lo ménos, me darian aviso oportuno, ninguno, ni uno solo pudo hacer por mi seguridad el sacrificio de ir a avisarme el peligro que corria— Despues supe que las estimables Señoras Jertrudis Restrepo, Obdulia Uribe i Teodosia Restrepo me enviaron por diversos conductos tres anuncios i ninguno me llegó— Asi fue que me acosté un tanto tranquilo, esperando madrugara, celebrar el santo sacrificio, dar la comunión a los fieles i partir; cuando a las dos i media de la mañana mi casa fué rodeada por soldados capitaneados por Antonio Maria Rodríguez (alias Castillo) i asegurados de que no podía escapar por ninguna parte dan fuertes i repetidos golpes a la puerta. Mi querida Madre se levantó a ver que era, i vino a advertirme a la cama que quien tocaba era una ronda i que todas las salidas estaban ocupadas.

No habia remedio. — Rodríguez entra hasta mi alcoba, me notifica que el Presidente de EE. UU. de Colombia i supremo director de la guerra, habia dado orden de apresar los sacerdotes de la ciudad i los de las aldeas del contorno: me advierte de que **él habia pedido la comision de aprenderme a mi**, dizque para evitar que otro me ultrajara.

Es Antonio Maria Rodriguez un hábil artesano albañil de Medellin: hijo del pueblo, aprendió a leer i a escribir medianamente. Su arte lo ha hecho conocer de casi toda la ciudad, i como es maestro mayor en el oficio, hubo un tiempo en que era mui ocupado por todos.

Los maestros mayores entre los artesanos se comprometen a ejecutar todas las obras para que les hablen i ellos las desempeñan buscando a otros artesanos, pobres de espíritu, frecuentemente mas inteligentes en el oficio que los maestros mayores. Estos artesanos honrados son los que ejecutan regularmente las obras recibiendo del maestro mayor un miserable salario con lo cual aquellos engruesan su bolsa a costa del sudor ajeno. Rodriguez ha sido pues uno de estos Zánganos que adquirió con el trabajo ajeno una aparente regular comodidad, cambió el delantal del albañil por la levita, la alpargata por la bota, i mientras otros trabajaban para él, fue el mismo miembro de las democráticas establecidas en 1850, se leyó los escritos de Torquemada contra la iglesia i la Relijión, fué suscriptor de los impíos periódicos de la Nueva Granada; se corrompió su corazon i su inteligencia, i dejando los cálculos propios de su arte, quiso saber como podria componer la cosa pública. Por un efecto de la justicia divina sus bienes de fortuna se evaporáron i en los últimos tiempos vivió del petardo i del fraude, siendo yo mismo victima de sus engaños, pues me comprometió en una fianza de mas de mil fuertes, que tendria que pagar si yo tuviera medios para hacerlo. Por fin coronó su carrera asesinando en la cárcel pública de Medellín el 29 de septiembre de 1861 a un infeliz soldado que hacia la guardia de los prisioneros del Gobierno, viniendo a ser el mismo preso por este delito sin que se le hubiera inflinjido ningun otro castigo; i salió de su prision a consecuencia de la entrega de Antioquia hecha el 11 de Octubre de 1862 para ser jefe de jendarmes i perseguidor de sacerdotes i de hombres de bien. Nunca habia hecho yo a este hombre el mas leve mal: por el contrario lo he tratado con cariño, le eduqué un hijo en el colegio de San Ildefonso, lo fie en mas de mil fuertes con el cabildo de Rionegro, le presté 120 pesos de la renta del Santísimo, que no me ha devuelto, i sin embargo, él es quien pide la comision para aprehenderme.

Satisfizo su deseo, a las cinco de la mañana del 13 fui entregado por él al oficial de guardia de la cárcel pública. Rodríguez se despidió de mí ofreciéndome sus servicios: mas como los calabozos estaban bien construidos, como no ha llegado el caso aun de construir una

horca para mí, ni un patíbulo; como no era a las bóvedas de Medellín que yo era destinado; i en fin como no se ha necesitado verdugo que concluyera con mi existencia, o que me arrojara la bala matadora, él no ha podido prestarme ningun servicio.

Pasé por la primera i segunda guardia llegando al primer patio en donde a la sazón pasaban lista del Batallón Bomboná: aquella jente desaseada: aquellos bárbaros armados que algun tiempo hacia desolaban los campos de la ciudad robando cuanto encontraban, tenían grandes montoneras de carne de las reses que degollaban en aquel mismo edificio: casi desnudos, cubiertos con mugrientos harapos otros despedían de sí un hedor pestifencial.

El oficial me condujo atravesando el patio a un apartamiento de la derecha; habia otra guardia que custodiaba al anciano i respetable sacerdote Francisco de Paula Benitez, cura de la ciudad. Me dejaron solo con él: lo saludé i habiéndome conocido me dijo: "GUARDESE U. MUCHO DE ZENON TRUJILLO, JEFE MUNICIPAL, es un áspid venenoso". Apénas habian pasado estas palabras, se presenta el Alcaide de la cárcel, Pastor Barrientos, hombre de mala catadura, de miras fieras, de rostro zañudo, de palabra áspera; tenia en sus manos un mazo de llaves i me ordena que le siga. En pos de él atravesé por el segundo patio, i pasamos la cuarta guardia: llegamos al depósito de los reos comunes, aqui me vi ya confundido con los ladrones, los asesinos, los adúlteros, etc.; pero era necesario seguir mi conductor, i penetré al patio de los calabozos donde la justicia ha acostumbrado depositar los reos de muerte.

Son los calabozos una serie de siete piezas separadas entre sí por gruesas paredes de figura cúbica, guarnecidos sus seis lados por sólidos entablados de trozas brucas i gruesas imposible de moverlas, aseguradas por gruesos clavos: en la mayor parte de estos calabozos hai fuertemente clavadas cadenas cuyos eslabones demasiado fuertes, pesa cada uno hasta cuatro libras. Estas cadenas se aseguran de los pies, o de la cintura, i aun de la garganta del criminal que es condenado a ellas: las puertas de los calabozos son planchas de hierro de poco menos de una pulgada de espesor que jiran con resis-

tencia proporcionada a su peso sobre sus fuertes goznes respectivos. Su peso solo bastaria para garantir el encierro de la víctima sobre la cual se mueve: sin embargo un formidable cerrojo con su candado, i una fuerte chapa mas, arman aquellas cerraduras que hasta ahora ningun hombre ha podido forzar. A aquellos espantosos lugares no entra mas luz ni mas aire que el que puede penetrar por seis hendijas artificiales, labradas verticalmente en la parte superior de la plancha que constituye la puerta.

Entrando con el Alcaide a aquellos lugares, percibí a las hendijas de las respectivas puertas de sus calabozos a los estimables e ilustrados sacerdotes Doctor Jasé Cosme Zuleta, i Presbítero Manuel Tirado Villa: quise acercarme a saludarlos, i con ruda voz me lo prohibio el alcaide. Me mostró el calabozo N^o 2^o, lo abrió, puso un taburete, entré, la puerta crujió sobre los goznes, un momento despues el cerrojo, i la barra de la chapa, i quedé sumergido en la oscuridad i en el silencio interrumpido solamente por el roer de las cucarachas i de los ratones pacíficos y perpetuos moradores de aquella lúgubre mansion.

Entregado a mis tristes reflexiones tuve un momento de suprema aflixion, derramé lágrimas; era la primera vez que yo era apresado mi padre gravemente enfermo ignoraba lo que me pasaba, i yo no podía ya socorrerlo; mi madre se veia privada de mi, objeto de su mas tierno amor, i yo de sus mas tiernas solicitudes: en mis hermanas que me idolatran perdía los únicos seres que me han amado cordialmente: al separarme de ellas habia visto sus lágrimas: mis sobrinitas me gritaban ya a lo lejos un triste i sentido adios. Pensé no volver a ver jamas estas porciones de mi corazon. Por otra parte las dejaba en la pobreza sin recurso para la subsistencia: la idea de que tendrian quizá que vivir de la caridad publica despues de algunos años, no hacia la menor parte de mi aflixion. Recordaba a O. i M., dos hermanas espirituales que Dios me concedió, i ya no tenia esperanza de volver a gozar de sus atenciones i de su pura amistad.

Pero óré, me entregué a Dios i a la manera que el rocío cayendo sobre la árida tierra la refrijera i da lozanía a las plantas, asi mi alma se consoló, se halló

fuerte i la tristeza se trocó en una satisfaccion pura que me hacia mirar a mí mismo como mui dichoso por haber merecido ser una de las víctimas que la Providencia elijiera para sostener el dogma de la autoridad i de la unidad de la iglesia. Los prontos i eficaces consuelos me inspiraron el designio de no omitir la oracion ni por la mañana ni por la tarde, pues la esperiencia acababa de mostrarme su eficacia.

Apénas repuesto de mi acceso de tristeza, oigo crujir las cerraduras del calabozo, la puerta se abre: era Zenon Trujillo que con la aspereza de los Prefectos romanos en tiempo de los Nerones i Dioclesianos me intima la siguiente orden— “De parte del Presidente intimo a U. obediencia, reconocimiento i sumision al Gobierno de los EE. UU. de Colombia, reconociendo mui particularmente los decretos de Tuicion i Desamortizacion de bienes de manos muertas”. Yo le contesté— “No hallo ninguna dificultad en prometer obediencia al Gobierno en todo lo que dice relacion con lo civil i temporal: mas en cuanto lo que toca a la iglesia, es decir a los decretos de Tuicion i Desamortizacion, no soi yo quien deba resolver si debo o no obedecer: seguiré la conducta del señor Obispo, i obedeceré al Romano Pontífice”— Pues si usted no se somete replicó el Prefecto tengo orden de mantenerlo encerrado i privado de comunicacion: lo siento, pero me he hecho cargo de este baston, (i golpea el entablado) i he jurado cumplir con mi deber— Salió i el carcelero dejó caer la puerta de hierro que herméticamente cierra mi prision.

La fuerza, la astucia i quiza la perfidia habia puesto a Antioquia en manos del Presidente de los EE. UU. de Colombia: existia ya un gobierno sino de derecho sí de hecho. Un cristiano i mas un sacerdote como yo que ha leído el evangelio, i las doctrinas del Apóstol San Pablo, debia prometer obediencia a ese Gobierno en todo lo civil i temporal, pues asi lo prescribe el deber de conciencia.

No así en lo que atañe a la religion; los decretos de Tuicion i Desamortizacion eran contrarios a la autoridad de la iglesia i de sus prerrogativas: i el ejemplo de los Apóstoles, de los Basilio, de los Tomas Becket i otros santos estaba delante de mis ojos para resistir a esa usurpacion, i como débil eco de su magnanimidad yo pu-

de decir "NO PUEDO OBEDECER". Sin embargo para no parecer atrevido i presuntuoso limité mi negativa a decir que seguiria la conducta del Prelado. Despues supe que Zenon Trujillo alteró el sentido de mi respuesta, cuando fue a dar cuenta al Gobierno del resultado de la intimacion: esta alteracion me proporcionó mayores sufrimientos corporales. ¡Quiera Dios no tomar venganza de Zenon en su último dia de los males que me agravó! Una hora despues de la entrevista con Zenon, penetra por las hendijas de la puerta una voz bajera o costanera que decía— "Míralo— míralo, míralo, aqui está— Asómate i míralo." Otra voz contestaba— "Que abran la puerta para mirarlo bien"— El carcelero abre i dos personajes de un mirar feroz, de un aire grosero e incivil; el uno mulato vestido de paño azul, i el otro encarnado vestido de verde, me dirijen a la vez i confundiendo sus dichos, improprios como los siguientes— (Ai... con que tú eres. ¿no?— tú eres, tú eres... Míralo... tú eres el jeneral Gómez. ¿no?" Soi el jeneral Gómez, respondí. Oyelo, replica el encarnado, dizque es el jeneral Gómez, dice. Míralo, que... i este es el que defiende la Religion. No se me escapará. Prepárate para recibir cuatro balas dentro de dos horas".

Esta escena me hizo sufrir demasiado; yo veia que se tomaba afan en ultrajarme. Los dos personajes, Mendoza Llanos el mulato i Piñéres el encarnado, son dos seres bajo todos aspectos despreciables: los rojos mismos los desprecian, pero borrachos a todas horas, corrompidos en demasía, malos sobre manera, eran los dignos instrumentos del nuevo Gobierno para humillar i aflijir a los hombres honrados i conservadores. Ellos no tenian ningun derecho para insultarme, ni tenian intervencion alguna en la cárcel del circuíto i sin embargo el alcaide los deja penetrar al último calabozo para insultarme. Los rojos sin duda para cohonestar su perfidia i para evitar el que algunos se compadecieran de mi situacion, forjaban varias mentiras contra mi: ya decian que estaba furioso, que trataba mal al Prefecto, que me expresaba en un lenguaje inmoderado, lleno de inventivas contra el Gobierno i que para hacerme callar era necesario ocurrir a ponerme mordaza i ¿que sé yo mas?.

Fuera de la entrevista con Zenon i de los oprobios de Mendoza i su digno compañero a nadie vi i con ninguno hablé desde el 13 a las cinco de la mañana hasta el 14 a las dos de la tarde. A esta hora Zenon hizo abrir mi calabozo para notificarme que podia comunicar con los demas sacerdotes que estaban presos i cuyas puertas también se abrian: que se nos prohibia comunicar con las jentes de fuera i con los criminales que estaban detenidos cerca de nosotros, pero que a mí se me pondria una barra de grillos, lo que se hizo inmediatamente. El Doctor Zuleta i el Presbítero Tirado se aflijieron en extremo por la singular distincion mia, i hubieran querido poder cargar conmigo esta dura prision. Siempre viviré reconocido de esas nobles muestras de compasion que me manifestaron. En cuanto a mí me sorprendió la distincion, pero fuerte como soi de cuerpo i robustecido con la gracia de Dios, me sentí con valor para arrostrar esta prision: poco me importaba por otra parte, que acabaran con mi cuerpo, con tal que no ofendiera a Dios.

Puestos en comunicacion los sacerdotes entre sí, nos consolábamos mutuamente, i nos fortalecíamos: nuestras cosas fueron comunes, orábamos tambien juntos. Admirábamos la sigular conducta de la Providencia que habia reunido alli los caractéres mas heterojéneos defendiendo una misma causa, i esto nos alentaba mas aun. En efecto el Presbítero Francisco de P. Benítez es un varon justo, anciano septuajenario, lleno de virtudes i de méritos; achacoso hace mucho tiempo, se ha creido que sus facultades intelectuales se han debilitado; ajeno de las cuestiones políticas puede asegurarse que no ha sabido que acontecimientos públicos han pasado en los últimos tres años en el territorio de la República.— El Presbítero Manuel Tirado Villa, sacerdote estudioso, bien relacionado en la sociedad, zeloso hasta el extremo de su honor i de su buena fama, ha profesado en política los principios liberales: los rigores de una prision eran superiores a su quebrantada salud.

El Doctor José C. Zuleta de una viva inteligencia, de un talento esclarecido, experimentado en las vicisitudes de nuestra asquerosa política era tenido por liberal mas que por conservador: llevó a su prision un cedal en el cuello.

Yo alentado i robusto, fuerte como el bronce, de medianos alcances intelectuales, habia ostentado mui particularmente despues del 20 de julio de 61 en adelante mis principios conservadores en todo su rigor; rayaba en el fanatismo: habia sido el orador en las solemnes fiestas en que varias veces se dieron gracias a Dios por los triunfos de nuestras armas i la humillacion de los enemigos. Tanta era mi adhesion al partido conservador que se llegó a decir que yo intervenia en asuntos de Gobierno.

Jenios, caracteres, principios tan encontrados se hallaban en nuestras personas i todos nos hallábamos entónces animados de un mismo sentimiento: sostener ante el Tirano, si era necesario con sacrificio de nuestra vida, el dogma de la autoridad de la iglesia. Si nos hubieran fusilado entónces, nos hallábamos todos con el valor suficiente para arrostrar la muerte, i hubiéramos terminado nuestros dias llenos de gozo i alegria cristianos. No lo dudábamos; Dios nos sostenia i era su causa la que defendiamos.

Por una de nuestras conferencias comprendí que mis compañeros no sabian el verdadero sentido de mi contestacion a Zenon cuando nos intimó obediencia al gobierno, i me manifestaron que este les habia dicho que yo rehusaba obedecer en todo, aun hasta en lo civil. Comprendí tambien que mis grillos eran el resultado de esa mala intelijencia, por lo que habiéndose presentado el mismo Zenon en la tarde del 14 a notificarnos de órden del Gobierno que nos preparáramos para marchar a la isla de Sanandres en las costas de Chiriqui, intimacion que nos llenó de alegria, yo que habia estado apesadumbrado de que se me hiciera aparecer como un rebelde banderizo, i de que se desprestijara asi la nobleza de mis sufrimientos que debian ser solo por Dios, llamé a Zenon i rectificué ante él mi esposicion. Probablemente la alteracion habia sido voluntaria pues mi situacion no mejoró a pesar de esto.

Para el sábado 15 aguardábamos que se nos fijara el dia de nuestra partida, pero desde este dia empezó a decirse que se aguardaba al señor Obispo para que marcháramos con él. Tuve pues tiempo para nombrar a Víctor Molina i a Cándido Molina, mis primos i ami-

gos que me profesaban un cariño de hermanos, apoderados para manejar mis cortos intereses, i hacer varios pagos, i recomendarles mis padres i hermanas.

Recibimos muchos consuelos que nos prestaron con sus visitas los Doctores Quevedo i Uribe Angel, que como médicos de Tirado i Zuleta lográbamos que entráran a nuestros calabozos.

Me socorrieron con medicinas i alimentos fuera de los que me prestaba mi querida familia, las señoras Jertrudis Restrepo, Obdulia Uribe— las señoras Obesos i Teodosia Restrepo, Mariana Mejía, Teresa Gómez, Angela Bernal, las señoras Alvarez i las Obregon.

En el transcurso de esos dias paso un incidente que hubiera podido terminar mi vida. Una señora exasperada por la persecucion contra la Iglesia, concibió el proyecto de envenenar al Tirano: tuvo la imprudencia de escribirme una esquila comunicándome la idea i esperando mi aprobacion. Para que una esquila pudiera salir de los calabozos, o entrar a ellos, debia pasar por vista del Prefecto del oficial de guardia, del alcaide i del carcelero. Yo no sé si alguno de estos veria dicha esquila; llegó hasta mi bien cerrada. Juzgo que en esto hubo una particular providencia de Dios en mi favor, porque al haberla leído cualquiera de esos bárbaros, o la señora o yo hubiéramos sido muertos o rigurosamente atormentados.

Tambien oíamos nosotros todos los dias la campana de la iglesia parroquial que llamaba a los fieles a misa. Era el asqueroso i cínico presbítero Manuel Salvador Valenzuela que vergonzosamente i de una manera escandalosa se habia sometido al Tirano i encabezaba el cisma en la ciudad de Medellín.

Es curiosa la historia de este sometimiento i no la omitiré.

El Padre Valenzuela es cura de Santarrosa: habia abandonado a sus feligreses por no pagar una contribucion de 30 pesos que el Gobierno lejítimo le habia impuesto. Este clérigo es rico, i avaro, i miserable: vivió en Medellín cuando el tirano vino. El i un tal Padre Cobos, caucano de ingrata recordacion formaron de acuerdo con algunos rojos el designio de aprovechar una funcion del Sagrado Corazon de Jesus para cantar "Te

Deum” en accion de gracias por los triunfos de Mosquera: el obispo habia negado el permiso para tal solemnidad. Convidaron al Jeneral i se prestó a asistir: fue en efecto a la misa el 1º de noviembre, i al tiempo del Evangelio en lugar de llevárselo Valenzuela que hacia de Subdiácono al Preste, para que lo besara, se lo llevó a Mosquera i de pié ante él, en la nave mayor del templo, con injuria del Santísimo Sacramento espuesto, con vilipendio de los ritos de la iglesia i de sus sagradas ceremonias, sin consideracion al ministerio que desempeñaba, con confusion i verguenza de los fieles, le dirige estas palabras.— “Excelentísimo Señor Presidente, yo obedezco vuestro gobierno, acato vuestros decretos aun los de Tuicion i Desamortizacion de bienes de manos muertas porque nada hallo en ellos que sea contrario a la relijion, i si yo he protestado contra ellos no lo he hecho voluntariamente sino obligado”— Así fue la sumision de Valenzuela ¡después de haber espuesto los Santos Evangelios al sacrilego beso de Mosquera! ¡Que cosas las del mundo!— Mosquera burlándose despues de él, decia; “a ese viejo hai que darlo de baja.”—

Pues; este padre a pesar de haber incurrido en suspension por el decreto del señor Obispo de 26 de Mayo de 1862 que prohibia bajo esta pena aprobar los decretos impíos del tirano; a pesar hallarse irregular por haber funcionado despues de haber incurrido en la suspension llevó su cinismo hasta suplantarse al Cura propio que estaba preso para seguir funcionando como Párroco i alimentar el cisma que ya dividia la Iglesia.

Los dias se sucedian: nuestra situacion no se definia i en cada instante de tiempo yo sentia todo el peso de mis infortunios, agravados por la falta de comunicacion, pena indescriptible, que es necesario sufrirla para comprenderla, sin que el tiempo pueda amáestrar al que sufre, porque miéntras mas privaciones haya con tanta mas violencia el alma anhela la libertad de espancirse. Sin embargo nos hacia fuertes lo santo de nuestra causa.

No es de omitirse en este lugar el triste sometimiento del cura Presbítero Francisco de Paula Benitez. La ancianidad, las enfermedades, la pobreza de este venerable sacerdote tocaron el corazon de algunos fieles suyos. Los católicos no podian hacer oír su voz en favor

de él i se limitaban a una estéril compasion: Los rojos quisieron aprovecharse de sus circunstancias, engañarlo i arrancarle un sometimiento del que habian de hacer alarde contra los clérigos fieles i engañar al pueblo presentándole la firma de este varon respetable, como un argumento poderoso en favor de su causa.

Varias veces penetró el Doctor Federico A. Peña, mo- chuelo de tinieblas hasta el calabozo del Padre Benítez. Lo instaba a que se sometiera; pero él sostenido por nosotros resistió a las repetidas tentaciones. Se persuadieron que mientras estuviera en nuestra compañía no podrian hacerlo acceder: resuelven entónces llevarlo a su propia casa; Zenon i Peña lo conducen: allí lo rodean los rojos; lo instan al sometimiento i si es necesario creer lo que la fama publica, lo hicieron embriagar; llevan al señor Dolores Camacho, rojo de palabra, sofista como son ellos, i el cura en la imposibilidad de comprender la falsedad en la hilacion de los argumentos que se le esponen, ya por la debilidad de su cerebro, ya por exceso del vino firma el sometimiento. Bien convencidos quedáron los impios de que el Cura no habia tenido conciencia de lo que firmaba, puesto que al dia siguiente volvieron a hacerle reconocer su firma bajo juramento. Ya no era mui difícil esta operacion pero el Señor Cura lleno de remordimiento se abstuvo de funcionar en su ministerio, i permaneció desde entónces encerrado en su casa.

Llegó por fin el 23 de noviembre: al terminar ese dia, (eran las seis de la tarde), un corto repique en el Monasterio del Cármen nos anunció que el Prelado de Antioquia llegaba a Medellin, el mudo silencio en los campanarios de las otras iglesias anuncia elocuentemente que el catolicismo ha huido de esta ciudad maldita, ¿pero en que circunstancias? En calidad de reo llamado para ser castigado, sin ser oido, i esto porque era sucesor de los Apóstoles: llega solo, Medellin se avergonzaba de ser católica, i su Prelado atraviesa sus calles sin que álguien se atreva a rendirle el homenaje i el respeto que los cristianos acostumbran a sus Prelados; las ovejas parecen desconocer i negar a su Pastor: el clero, cortejo constante de su Obispo, tiene a sus fieles miembros los unos encadenados, otros ocultos i aterrados; los após-

tatas no rinden homenajes sino al tirano ante cuyo trono se prosternan.

El Doctor M. Vte de la Roche será recordado siempre con ternura; él es el único que valerosamente i sin temer la saña de los poderosos i de la befa de los impíos se acerca al Obispo para hacer cerca de su persona el doble oficio de amigo i familiar: las señoras Barrientos Zulaibares, Alvarez i otras ofrecen sus servicios i atienden al Prelado como él lo merece. Sin embargo ¿que contraste? cerca de nuestros calabozos, a cien pasos nada mas, en la Quinta de Don Juan Uribe Santamaría se preparaba un festin al tirano. Yo oía en esa noche fatal las alegres músicas, la algazara de los convidados, la gritería del populacho que se habia reunido a presenciar los goces de esos indignos cristianos que danzaban al tiempo mismo que los fieles estaban contristados: a aquel baile asistieron entre otros las familias de Ricardo Posada, Canuto Toro, Doctor Jorje Gutiérrez de Lara— ¡que triste fué aquella noche para nosotros! ¡que desgarradores reflexiones!— Siempre en todos tiempos los mas graves crímenes se meditan, se cometen, o los remordimientos que les siguen se acallan entre el bullicio de las danzas o al ruido de las copas. Fué bailando que el pueblo judío proclamó por su Dios un becerro de oro al pié del monte mismo en donde poco ántes el verdadero Dios se les habia manifestado precedido del rayo i de la tempestad: aun todavia humeaban aquellas cimas abrasadas al descender Dios sobre ellas. Fué en una danza en donde se meditó el martirio del precursor del Mesias, el Bautista, i ebrios estaban todavia Herodes i Herodías cuando el verdugo presenta en un plato la cabeza del penitente de Judea. Fué en el baile de Juan Pablo Sañudo en donde se inició la persecucion de la Iglesia Antioqueña: i por último el baile del 23 de noviembre de 1862 parecia celebrar el gozo del feroz perseguidor que contemplaba al Prelado Diocesano en sus garras para afrentarlo, humillarlo, insultarlo i desterrarlo.

Desde el 24 tuve un tormento mas; la ansiedad por saber el resultado de la conferencia del Tirano con el Prelado.

En este dia el Señor Obispo fue a visitar al Presidente. Por una de las leyes españolas los Prelados ca-

tólicos tiene derecho a exigir i las guardias militares el deber de rendirles los honores de Gran Mariscal— Al acercarse en aquel día a la casa del Presidente el centinela anunció al Ilmo. señor obispo, la guardia se formó, los honores se le rindieron a pesar de que el Tirano mandó desde su gabinete un emisario que impidiera semejantes honores, pero el emisario llegó tarde; estos honores costaron al oficial de guardia un severo castigo. El Prelado se presentó con su báculo o baston insignia de su autoridad espiritual i esto dió lugar a que despues de la visita el Tirano dijera a los insensatos que lo rodeaban; “que si ese viejo (el señor Obispo) volvía a presentarse con baston se lo rompería en la cabeza”— Se aplazó la conferencia para otro dia i el Prelado estuvo en libertad para ocurrir a las necesidades de sus ovejas, que en aquellos dias se apresuraban a recibir de él sus últimas lecciones de virtud, i sus últimos consuelos espirituales.

Pasamos el 24, el 25, el 26 i el 27 en la mayor ansiedad. El 27 por la tarde por medio de una comunicación insolente del secretario de Gobierno Rójas Garrido, se le intimó al señor Obispo que se presentara al dia siguiente a las 12 donde el Presidente. El 28 era un viérnes, dia de concurso: el Presidente habia hecho saber a sus copartidarios que aquel dia seria la conferencia con el Prelado, el salon de su casa se atestó de estos impíos que debían aplaudir a presencia de su Obispo todas las blasfemias que aquel monstruo habia de proferir. El Prelado se presenta a la hora señalada, su corazon lleno de amargura porque él sabia que desde aquel momento iba a empezar su carrera de torturas i de aflixiones. Discípulo verdadero del Crucificado se presenta por obedecer, ora para conseguir magnanimidad, oye i sufre los insultos del perseguidor, no se empeñará en contestar a tanto ultraje porque sabia mui bien que ni el tirano ni los impios que lo rodeaban buscaban la verdad, sino la ocasion de insultar en persona del obispo nuestra Santa Religión. La conferencia i los acontecimientos que tuvieron lugar en aquellas tres horas de blasfemias i de pecados, están escritos por testigos presenciales i competentes (a).

(a) Los Dres. La-Roche i Martínez Benitez escribieron aquella conferencia— servirá de apéndice a este escrito, si sin A. A. me lo copiaron— G. A. — — —

A las tres de la tarde sale el Prelado para la cárcel pública seguido de su capellán i fiel compañero el Presbítero Joaquin Ignacio Naranjo, en medio de tres oficiales de la guardia del Presidente. Los infames rojos, estos hombres malditos celebraban cordialmente los ultrajes del Prelado que es conducido como criminal a la asquerosa cárcel del circúito. Zenon Trujillo para hacer mas horrorosa, mas aflictiva la situacion del Obispo, se habia denegado a hacer barrer o preparar el calabozo en que habia de sufrir tan inicuaamente nuestro Pastor i nuestro Padre. Yo le ví al traves de una verja, entrar a la cárcel con sus vestidos episcopales, su mirada fija en la tierra, su semblante sereno, sometido a la autoridad del infame Prefecto, de los alcaides i carceleros, rodeado de rojos i de soldados, que no lo miraban sino para insultarlo, que pasaban ante él con la insolencia que en otro tiempo los deicidas judíos pasaban delante del atormentado Jesus para blasfemarle e injuriarlo. ¡O Dios mio! exclamaba yo: ¿Como es posible que seas tan paciente i toleres esta canalla infame?. ¿Porqué la tierra no se conmueve desde sus fundamentos i vuelca esta ciudad impía?. ¿Porqué no llueve fuego del cielo i confunde tantos ingratos?. ¿Es posible?, ¿Como puede comprenderse que el sentimiento religioso haya desaparecido tan pronto de los corazones de los Granadinos? ¡Cuan grande es la misericordia divina que tolera tanta iniquidad!

El Prelado consiguió que lo dejaran ir a comer a la casa en que habia sido hospedado i practicar allí algunas diligencias i escribir a su familia residente en Antioquia sobre su triste situacion. Se le concedió el término perentorio de dos horas i no fué sino escoltado: me pareció ver al Salvador del mundo cuando en su dolorosa pasion lo llevaron de Heródes a Pilatos.

Por la noche nosotros teníamos un compañero mas, al santo Pedre Naranjito, al modelo de la abnegacion i de las virtudes sacerdotales, la prenda preciosa de nuestro clero, nuestro orgullo i el objeto de nuestra emulacion. El Prelado estaba en su calabozo, privado de comunicacion; no tuvimos ni aun la mas remota esperanza de poder comunicarnos con él; pero el que él supiera que nosotros permaneciamos firmes en el cumplimiento de nuestros deberes, era para nosotros una satisfac-

cion. ¿Y cómo no debería ser? El soldado se llena de un justo orgullo, cuando en las ocasiones de peligro su Jeneral lo encuentra llenando su deber en los fuertes avanzados: nuestro Prelado nos encontró sufriendo por la misma santa causa por la cual él empezaba su carrera de padecimientos, i era para nosotros todo nuestro consuelo el que nos encontrara como centinelas avanzados. Yo, tenia un motivo mayor de satisfaccion que ninguno otro: mucho tiempo hacia que el Prelado me habia honrado con su confianza, él me amaba, me distinguia i él estaba contento de mi conducta, me elogiaba, i yo sentia un justo orgullo por esta distincion.

Tal vez faltará a la modestia, parecerá vanidad el que yo en este lugar haga mencion de estas preferencias que el Prelado ha tenido por mí: es precisamente para castigarme mas severamente que hago estas alusiones, porque todo lo que ántes me engrandecia se convirtió de repente en motivo de humillacion; i mui pronto habia de caer del alto rango que ocupaba para sumerjirme en el envilecimiento i en la nada.

PARTE SEGUNDA.

Para poder continuar mi relacion debo recordar dos hechos que están intimamente relacionados con mis desgracias subsiguientes. El Illmo. Señor Obispo con fecha 26 de Mayo de 1862 habia prohibido a los sacerdotes bajo pena de suspension a los que aprobaran, ya en público, ya en privado, los decretos impíos de Tuicion i de Desamortizacion espedidos por el tirano: el desvergonzado Valenzuela, como todos los clérigos que se habian sometido estaban incursos en la suspension i aun en la irregularidad. El señor Obispo en los dias que estuvo en Medellin reprendió a Valenzuela, lo declaró suspenso i por consiguiente irregular: con respecto al señor Cura Presbitero Benítez despues de su sometimiento se abstuvo de la administracion de los sacramentos, por consiguiente no incurrió en irregularidad.

El 30 de noviembre fué domingo. En este dia no hubo culto público; las horas en las cuales los fieles acostumbra concurrir al santo sacrificio de la misa pasáron sin que el tañer de una sola campana hubiera

significado que algun sacerdote fiel o apóstata se atreviera a subir al altar. Era una bella ocasion para que los hipócritas rojos de ambos sexos hubieran levantado el grito hasta los cielos declamando contra esta situacion. El Señor Obispo fué instado en su prision para que dejara celebrar a los apóstatas: ¡Cómo si estuviera en poder de los Obispos prepositos de la Iglesia tolerar con conciencia segura el sostenimiento del altar erijido fuera del Templo verdadero para profanar el verdadero culto!. Nada se pudo obtener; así debia esperarse, a pesar del furor del Tirano, i de las instigaciones que en aquel mismo dia se hicieron por la prensa contra el Clero, i a pesar aun de los tormentos que amenazaban al Obispo i a su clero fiel.

El demonio enfurecido por el rudo golpe que en este dia sufriera su culto por la firmeza del señor Obispo, inventa nuevos medios para llevar adelante su intento de establecer el cisma, de trastornar la iglesia, de enganar al Clero i a los fieles; inspira a su instrumento Tomas C. Mosquera un designio que parece meditado en las tenebrosas mansiones del infierno. Una órden secreta se espide para poner en prision a los sincros católicos Doctores M. Vte. La Roche, Ramón Martínez Benítez i Remijio Martínez. El primero fué el único bastante desgraciado para que se cumpliera en él la inicua disposicion. A las cuatro de la tarde es arrancado del medio de su tierna esposa i mui amados hijos por la mano bárbara de Zenon, i el Dr La Roche cambia repentinamente las sonrisas de su esposa, el amor i ternura de sus hijos, por el seño adusto e insolente lenguaje del centinela i del soldado: el ambiente delicioso de su risueña casa por el hálito infecto de los calabozos. Fué llevado a nuestro departamento, su corazon le anunciaba una gran desgracia, inevitable: nosotros tratamos de consolarlo, pero media hora despues el alcaide embarazó sus piernas con una barra de grillos fuertemente remachada— yo que estaba experimentando con diez i siete dias de ejercicio en el manejo de los grillos i con el objeto de calmar su agitacion i por distraerlo le hacia indicaciones para que pudiera arrastrarlos mas fácilmente ¡Oh!, a que triste situacion habiamos llegado!

Nuestra ocupacion no era ya otra que estudiar los medios de hacer ménos agudos nuestros dolores, i de

engañar nuestra imaginacion como para que no comprendiese nuestra desgracia, i tambien prepararnos para sufrirlo todo.

Simon Arboleda ayudante del Presidente nos interrumpió una vez, con motivo de haber ido a sacar al Padre Naranjito del calabozo con el fin de que sirviera de Secretario del Obispo en su prision. Otra vez Euljio Fernández se presenta a tener una entrevista con el Doctor La-Roche; me pareció que se interesaba por él.

Eran ya las cinco i media de la tarde, cuando llega el oficial de guardia que pregunta por La Roche: Este se le presenta— Sígame U. le dice. ¿Adonde lo lleva? le pregunto yo al oficial de guardia— **A capilla** me responde—

Un rayo no produce sus desastrosos efectos mas prontamente que el desfallecimiento que produjo en nuestros ánimos aquella frase...! **A capilla!** El Presbítero Tirado prorrumpió en llanto; el Doctor Zuleta grita desfavorido; el Dr. La Roche lleno de virtud levanta sus ojos i sus manos al cielo i esclama— “Dios mio hágase en mí tu santísima voluntad; si la Iglesia se ha de salvar con mi muerte, aceptad el sacrificio de mi vida— Vos sabeis cuanto amo a mi Rosita, cuanta ternura tengo por mis hijas yo os las ofrezco”. En cuanto a mi, sentí un fuerte golpe en el corazón, los cabellos se me herizaron, una oleada horripilante se estendió desde la corona hasta las plantas de los pies; con dificultad pude sostenerme. Mui pronto comprendimos que el Dr. La Roche iba a ser víctima de su zelo por la religion; Dios se lo reveló a él en aquel crítico instante. El oficial de guardia, (Medina el mismo que me habia recibido a mí en el dintel de la cárcel) le permitió estar con nosotros un corto rato: exhortamos a La-Roche a sufrir con resignacion: él pudiera habernos dado valor porque una alma virtuosa como aquella, no teme la muerte— Lo exhortamos, digo, a sufrir el martirio pues que no era otra cosa su muerte i a suplicarle pidiera a Dios en el cielo por el término de los males de la iglesia. Le prometimos una visita a la capilla i acompañarlo al patíbulo, nos estrechamos mutuamente entre nuestros brazos, con nuestros ojos arrasados en lágrimas, i conducido por Medina salió de nuestro departamento andando con

dificultad hacia la pieza que debia ser la última habitacion de ese hombre, padre de los pobres, consuelo de los que padecen, modelo de virtudes, benefactor de todos los hombres.

Quedamos nosotros sumidos en un abismo de tribulaciones— ¿Cual era el crimen del Dr. La-Roche? ¿Cual era el designio del Tirano quitándole la vida?

Nada sabiamos, ni podiamos saber; apenas sospechábamos que por causa de relijion el Tirano iba a decapitarlo; nos perdiamos en un mar de conjeturas, i la angustia nos quitaba todo aliento. La noche nos habia envuelto en sus sombras i nos retiramos a orar por la Iglesia, por La-Roche i por nosotros.

Eran las nueve cuando el Dr. Manuel Uribe Anjel que tantos consuelos nos habia prestado, logra entrar donde nosotros i pálido aun todavía su rostro nos grita: “Duerman tranquilos que La-Roche ha sido ya perdonado”. Nuestro primer movimiento fué dar gracias a Dios i luego preguntar por que medios se habia obtenido la libertad de La-Roche. En virtud de una circular del señor Obispo nos respondió. ¿Que? nos preguntábamos el señor Obispo habrá comprometido la Iglesia por salvar a La-Roche, por evitarle el mártir? — —

Desde este momento un tedio, un malestar profundo se apoderó de mí. — —

Alcalzé a penetrar que todos los sucesos de aquel dia eran una farsa del Tirano para hacer ceder al Prelado en sus deberes, i para hacernos ceder a nosotros. El monstruo habia obtenido de nuestro Obispo una circular para el clero tal como él la deseaba, pues tan pronto como la lee dizque dijo con su infernal sonrisa: “Se han escapado La-Roche i Gómez, mañana moriría el primero, pasado mañana el segundo”— i la orden de libertad para La-Roche— Orden que nos llenó de alegría. ¿I porque no? era la vida de La-Roche, hombre superior a nuestras alabanzas por su mérito i su virtud; pero orden que nos colmó por otra parte de angustias porque era la consecuencia de una circular del Prelado que ¡habia satisfecho cumplidamente al Tirano!

El Padre Naranjito, vuelto en fin, del calabozo del Prelado nos referia todo lo que el Prelado ha sufrido aquella noche. El Tirano supo llevar las cosas hasta pun-

to de poner en manos del obispo la vida de La-Roche, del único amigo que halló en esta Babilonia maldita: al Prelado se le exige una circular o indudablemente pagará La-Roche con su vida el afecto que le ha manifestado, i si la vida de La-Roche no basta para arrancar esa circular, yo primero i despues otros sacerdotes seriamos sin duda sacrificados ¡Que tormento! que tribulaciones la de nuestro Prelado en aquella noche! i ¿quien podrá describir lo que pasaba en su corazón i bajo tan horrorosa presión? El Padre Naranjito nos lee por fin la circular que ha dado gozo al tirano, i que ha hecho resonar el infierno con estrepitosas carcajadas de los demonios, que ha hecho sonreír de contento a los rojos.

Ved aqui la circular: Señor Presbítero N. N.: Medellín 30 de noviembre de 1862. — Para que los fieles no carezcan de los bienes espirituales, i para evitar graves males, hemos resuelto levantar, como en efecto levantamos, la pena de suspension impuesta por nuestro decreto de 26 de mayo último, número 2º— El obispo— — ¡ ¡ ¡Ai! !! Un golpe de muerte no arrebató al cuerpo mas instantaneamente todas sus fuerzas, que esta circular nos arrebató toda nuestra enerjía i fortaleza. Los sucesos del dia nos mostraron a nuestros ojos el peligro inminente de nuestra vida, pero ni la mas lijera idea siquiera nos habian sujerido contra la resolución de sufrir la muerte en defensa de la relijion i de la Iglesia— Si en esa tarde, a pesar de las conmociones que habian sufrido nuestras almas, nos hubieran puesto en capilla porque no nos sometiamos, hubieramos arrostrado la muerte sino con valor al menos con resignacion. En efecto, ¿no era ir a la muerte emprender el camino del destierro por el valle insalubre del Magdalena hasta las desiertas i mortíferas islas de Sanandres?

¿No esperábamos con ansia el momento de partir, a pesar de la pobreza, i de los horrores de ese viaje, que tambien se habia tenido cuidado de pintarnoslo con los mas detestables i lúgubres colores? Aquella circular trocó completamente nuestras ideas.

El tirano habia protestado al Prelado, que él haría someter al clero a sus impíos decretos: i el tirano queda en esta noche satisfecho con la circular pues que habia conseguido el medio de hacer someter al clero.

El Prelado levanta la pena de suspensión a los sacerdotes que aprobaron los decretos impíos del tirano, i quiere que los fieles no carezcan de los bienes espirituales, si se eviten graves males. ¿Cómo podrian los fieles obtener los bienes espirituales? con el ejercicio libre del ministerio sacerdotal. ¿Como podian los sacerdotes administrar libremente los sacramentos? sometándose a los decretos. ¿I pueden los sacerdotes someterse a los decretos? El Obispo ha levantado la pena que habia impuesto a los que se sometieran— Los que estaban suspensos pueden ejercer el ministerio, pues es en virtud de la circular que Valenzuela continuaría en Medellin sosteniendo el culto: si Mosquera está satisfecho es porque la circular le presta el medio de acallar los lamentos del pueblo a quien se le ha arrebatado su culto i tiene el medio de contentarlo continuando la farsa del culto católico practicado por los clérigos sometidos.

En qué pena incurrirémos si nos sometemos? nos preguntábamos— En ninguna; el obispo no lo dice. ¿Habrá alguna censura? lo ignorábamos completamente.

Porqué vamos a ser desterrados? ¿porqué a ser fusilados quizá? porque no nos sometemos. I si no hai pena para los que se someten puesto que el obispo la ha quitado. ¿cómo justificarémos nuestra resistencia? ¿cómo aparecerémos a los ojos del pueblo i de Dios mismo? ¿serémos mártires de la religion? ¿no aparecerémos mas bien victimas de un capricho? ¿banderizos políticos! ¿rebeldes?

Si el sometimiento es un pecado ¿cómo ha podido el Obispo permitir que los fieles gocen de los bienes espirituales con un pecado perpetuo del sacerdote que tiene que someterse para administrarlos?

Quiere el Prelado que se eviten graves males. ¿Que males? ¿la muerte del Dr. La-Roche? pero si la vida de un hombre es bastante para permitir el sometimiento i levantar la suspension en que han incurrido algunos sacerdotes ¿no habrá aun mas graves que el obispo quiere evitar? sí, sin duda: la degollacion de los sacerdotes presos, la intrusion de sacerdotes en las parroquias, la nulidad de sacramentos, la orfandad de los pueblos &.

¿Pero no será una vergüenza que despues de haber predicado tantas veces contra los decretos, despues

de haber protestado contra ellos, despues de haber dicho que primero morirémos ántes que someternos, nos humillemos ante el Tirano reconociendo sus decretos? ¡Qué confusion ante los hombres! Es verdad; pero el destierro i la muerte sufridos por el temor de esa vergüenza, de esa confusion ¿serán aceptables a Dios? sin duda que no.

Pudieramos desentendernos de la circular del Prelado, i darla como no existente: pudiéramos mas, decir que el Prelado se ha equivocado, que no ha podido dispensar el sometimiento, i que por esto nosotros no reconocemos los actos del tirano!!! Que!!! se nos replicaria, ¡cuando el Prelado manda conforme a vuestras ideas entonces aplaudis i obedecis, mas cuando os contradice entónces resistis! ¿No se ven en esto vuestra mala fe? ¡Es asi como engañais siempre a los pueblos!

Aun llegamos a persuadirnos que la circular no solo era un permiso del obispo para que el clero se sometiera, sino que era un mandato.

Una multitud de pensamientos que nos incitaban al sometimiento semejantes a los que dejo apuntados se agolpan a nuestra imaginacion. El señor Presbítero Tirado no resistió mucho tiempo i a las dos de la tarde del dia primero de diciembre ya habia firmado la fórmula de su sometimiento i habia sido puesto en libertad. Este acontecimiento me acobardó i era ademas un escándalo para nosotros.

Deseabamos saber algo de boca del Obispo: el Padre Naranjito que tenia libertad para ir al calabozo del Prelado nos servia de emisario. Le preguntamos a S. S. Illma. ¿si su circular era válida? contestó que si, i como prueba de su validez espontáneamente la hizo remitir a todos los sacerdotes. ¿Que piensa que debemos hacer? le preguntamos— Ustedes sabrán; fue la contestacion.— ¿Se aflijió por el sometimiento del padre Tirado? No dice nada; nos respondió Naranjito...

Debo decirlo, yo creí ya que podia someterme sin cometer falta: es verdad que el Dr. Zuleta decia que en eso habia pecado, pero ni él pudo decirme en que consistia el pecado, ni él mismo lo sabia con certidumbre. Abandonados a nuestros mutuos razonamientos, sin poder recibir un consejo, privados de comunicacion no sa-

biamos lo que pensarian los de fuera de la prision, no teniamos libros que consultar, nuestros recursos intelectuales se agotaron pues erámos los dos solos que discutiamos i solamente me detenia ya el temor de disgustar al Illmo. Señor Obispo con mi sometimiento.

No teniendo conciencia cierta de que sufría por la causa de Dios, es decir, persuadido ya que nuestros sufrimientos no tenian ya por objeto sostener la causa de la religion sino un respeto humano, perdi la resignacion, me daba vergüenza ya de estar haciendo el papel de terco, de encaprichado, i las horas pasaban con una cruel lentitud. Sin embargo todavia esperaba: aun todavia desafiaba al Tirano resistiendo i esponiéndome a una muerte cierta, i asi transcurrieron lúnes, martes i miércoles. A las dos de la tarde de este último dia recibí una boleta de mi primo Cándido Molina en que me decia que mi Padre estaba agonizante, que no tenia médico que lo asistiera i que ninguno de la familia se hallaba en aptitud de decirle hiciera testamento: mas aun, que escaseaban los recursos pecuniarios para proveer a su subsistencia i a sus medicinas.

Esta noticia me sumerjió en una suprema tristeza, i entre el temor de un sometimiento para el cual no me detenía otra cosa que el respeto al señor Obispo i los deberes de un hijo con un Padre a quien le debía mi vida, mi educacion, mi posicion i todo cuanto hai en mí, ya no vacilé en someterme. El Dr. Zuleta tambien me dijo estas palabras "Parece que Dios se esfuerza en echarlo a U. fuera de esta cárcel"— El Dr. Zuleta escribió mi sometimiento, lo firmé a las dos i media de la tarde, i a las tres el tirano habia dado orden de que yo fuera puesto en libertad.

¡¡¡Desgraciado de mí!!! Mi ignorancia i la debilidad de mi caracter por una parte; el amor a mi padre por otra, me impelieron a dar aquella firma que me habia de cubrir de execracion i de ignominia— Ignominia i execracion que yo he merecido bien, porque en la economia de la Providencia Divina no podia ser dispensado de que mis pecados i mi vanidad tuvieran su condigna humillacion i castigo. Yo el primero habia atacado antes que el Prelado con mis escritos los decretos del tirano, previne la voz del Pastor, i esto fue un atrevimiento: yo no habia temido la persecucion lisonjeándome de poder arrostrarla, aqui hubo soberbia: yo me espuse a mu-

chos peligros, i en esto manifesté temeridad: yo me gozaba cuando los hombres alababan mi conducta, i brillaba aqui la vanidad: quizá alguna vez me incitaba mas la gloria pasajera del siglo que las recompensas eternas. Sino es una blasfemia comparar lo santo con lo profano, lo grande con lo pequeño, yo diré que la negacion de Pedro, la idolatría de San Marcelino, la apostasía del grande Osio, la flaqueza de tantos mártires temerarios, hallaron en mí su eco, su remedo— ¡Gracias sean dadas a Dios que misericordiosamente me ha castigado i humillado!

Yo no debería aun temer el desprecio del mundo porque ese mundo que tenia fijos los ojos en mi, sabia en gran parte que mi Padre moria de hambre i sin medicinas; que mi familia sufria i nadie los volvía a mirar ni para consolar a los unos, ni para aliviar al otro: el mundo no parecia contemplarme sino con los ojos curiosos del pueblo romano cuando se agrupaba a sus inmensos anfiteatros a ver devorar víctimas humanas por leones i las panteras sin compadecer los desgraciados, antes bien aumentando sus angustias.

Sin embargo yo no he sabido hacerme superior al mundo no parecia contemplarme sino con los ojos que me educó, siempre pensé en el honor, es decir, en la estimacion que podia merecerme de los otros hombres una conducta arreglada i juiciosa. Por esto, aunque en el acto de mi sometimiento no creí pecar, sentí sin embargo mucha confusion porque preveía que los exajerados conservadores habrian de culparme de apostasía i de infidelidad. Con todo, quizá hubiera triunfado de mi misma confusion si en lo sucesivo no hubiera palpado el error que en este dia cometí.

Llegada la tarde abracé al Dr. Zuleta, i salvé el dintel de mis prisiones. Volví a respirar el aire de la ciudad; fatigado i cansado llegué a mi casa; fui recibido entre los brazos de mi querida Madre i de mis hermanas que me inundaron con sus lágrimas: me acerqué al lecho de mi padre moribundo, abrió sus ojos, un rayo de contento los iluminó— ¡Ah!!! mi Padre! nunca dejó de amarme un solo instante en toda mi vida— El placer de verme reanimó sus fuerzas, calmó sus dolencias, i tuvo una reaccion favorable: sin embargo él no supo que yo saliera de la cárcel, sino que se persuadió que salia de algun escondite.

Pero yo estaba enfermo: tantas impresiones habian debilitado el sistema nervioso, i todo me asustaba: mi corazon parecia salirse a cada momento del pecho; sustos i temores que yo no podia vencer me traian inquieto, amedrantado. No por eso dejé de pensar en todo el dia 4 de mi sometimiento, consulté a mis primos Molinas su dictámen, i aunque no se espresaron francamente me parecieron indecisos. Una señora juiciosa i de talento amiga de mi alma, zelosa de mi felicidad, sintió una profunda aflixion por mi sometimiento. Eran estas las únicas personas a cuyo consejo podia asentir, porque yo no podia ver en todos los demas hombres sino conservadores i rojos que desaprobaban o aprobarian mi proceder segun sus ideas politicas i no segun los intereses de la Relijion i de la Iglesia.

Aprovechándome pues de la mejoria de mi padre resolví someter mi conducta al fallo del Presbítero Mariano Antonio Sánchez, sacerdote verdaderamente instruido; tuve la felicidad de que N. Yépes en cuya casa de Rio-grande estaba oculto el Padre Sanchez habia llegado aquel mismo dia a Medellin.

Hize que me lo llamasen, i convinimos en marchar aquella misma noche. En efecto, partimos a las 8 de la noche i fuimos a dormir donde Manuel Puerta Ortega. El dia 6 partí solo, porque mi guia tenia urjencia de volver a Medellin: desde que llegué al punto en donde el camino que conduce a Donmatias, encuentra al de Santarrosa abandoné el camino real i por sendas estraviadas, fuí conducido por un buen hombre al alto del Rosario. Era ya de noche, llovia copiosamente, nunca habia yo visitado aquellos parajes: hize devolver el hombre que me habia guiado hasta el Rosario pidiéndole antes señales del campo en donde debia hallar al Padre Sánchez. Me entregué al instinto de mi mula para conocer el camino i a las nueve de la noche llegué a la casa en donde se proveia a la subsistencia del Padre Sánchez. Este moraba en un rancho construido en lo espeso de una selva, en una cañada profunda separado de todo otro ser viviente; alli pasaba solo los dias i las noches ocultando su persona i su vida defendiéndose de la saña de los perseguidores. Dificilmente lo arranqué de su triste albergue para que conferenciáramos en la casa de los Yépes sus benefactores. Despues de esas primeras efusiones del amor que nos profesamos los sacerdotes, robustecido

en esta ocasión por el amor de familia que a ambos nos liga, le referí todo lo que me habia pasado, todas las circunstancias de mi sometimiento, le lei la fatal circular i le dije— “Yo no he venido hasta aquí sino para someter a su fallo mi sometimiento: si U. cree que he obrado bien me vuelvo inmediatamente para dar misa al pueblo de Belen el proximo domingo, pues temo que de no presentarme allí seré perseguido i comprometo la vida del señor Obispo i de los sacerdotes presos i empeoro la condicion de los que están ocultos: Si U. cree que he obrado mal, que hai pecado en mi sometimiento, estoi resuelto a quedarme oculto en estas montañas. Su resolucion definirá mi suerte i quizá la del Clero, por la confianza que U. nos merece.”

Serio era el predicamento en que yo colocaba al Padre Sánchez, él se persuadió de ello, discutimos largamente, leia i releia la circular, meditaba, reflexionaba i para que la sorpresa no festinara un consejo en materia tan grave, convinimos en que a la madrugada espondria su última resolucion, i hecho esto nos acostamos.

Eran las dos de la mañana cuando me acerqué a la cama del Padre Sánchez: él no habia dormido, pero su dictamen estaba ya formado.

“No solamente, me dijo, a hecho U. bien en someterse, sino que yo mismo voi a someterme, i esta tarde me presentaré ante el Alcalde de mi pueblo”. Yo debia pues regresar a Belen: emprendí mi vuelta, pasé por Donmatías al amanecer i sin detenerme en ninguna parte hasta en Hatogrande donde los señores Isazas en cuya casa estaba escondido el Presbítero Indalecio Mejía; este pareció manifestarme que no reprobaba mi sometimiento i aun se sintio inclinado a someterse. En Niquia donde D Manuel Puerta el Dr. Juan Estéban Ramos me indicó que el misionero italiano Fr. Pedro Leon estaba indignado por mi conducta. Por la noche dormí en el Bermejál en la casa en que se alojaba el Presbítero Agustin Alvarez; este despues de nuestra conferencia se dició a someterse i así lo hizo en efecto.

Me levanté mui demañana acompañado de N. Alvarez hermano del padre, me dirijí a Belen por el camino del Volador i llegamos oportunamente para dar la misa al pueblo.

(Mucha gratitud les debo a los Belenitas por el singular contento que manifestaron por mi libertad)

Desde aquel dia continué mis funciones de cura ecónomo, residiendo en Belen i llando por las noches a visitar a mi padre que en su larga i penosa enfermedad sufría alternativas de alivio i de gravedad. Pero desde aquel mismo dia yo fuí el tema de las conversaciones de los particulares: unos reprobaban mi conducta, otros la aplaudian. Cuando alguna duda inquietaba mi alma procuraba dilucidarla: fué con este objeto que me dirijí por una carta al Presbítero Joaquin Restrepo cura de Rionegro, el cual gozando de intimidad con el señor Obispo i estando sometido podía instruirme de lo que el mismo Señor Obispo pensara de nuestro sometimiento. Me fortaleció, dispó mis dudas i tranquilizó mi conciencia.— Los Presbíteros Benitez i Tirado tambien habian conferenciado con S. Sa. i de la conferencia resultó que el Prelado los declaró hábiles para ejercer el ministerio. El Presbítero José Ignacio Montoya, Sacerdote oculto halló dificultad para condenarme, i quizá en fuerza de las razones que a mi me habian guiado resolvió someterse junto con otros sacerdotes.

Un dia en fin resolví estudiar mi condicion: de ese estudio resultó que me persuadí que habia incurrido en la escomunion de la sesion 22 del Concilio de Trento, capítulo 11 de reformatione. Inmediatamente ocurrió a un sacerdote hábil para absolverme, absteniéndome ántes de celebrar i administrar los sacramentos en aquel estado: añadí una manifestacion pública en la iglesia pidiendo perdon del escándalo que habia causado mi sometimiento i asegurando que en materia de Tuicion i Desamortizacion no queria tener otra fe que la de la iglesia.

Yo sabia que para que la absolucion fuera válida debia proceder o acompañar la satisfaccion de la parte ofendida, que aquí era la Iglesia. Para cumplir con este requisito creí suficiente la manifestacion hecha en el templo.

Una vez persuadido de que habia pecado en el sometimiento detuve el del Presbítero Montoya i sus compañeros.

Mas, como no tuviera noticia de que el cura Benítez, el Padre Tirado i el Padre Restrepo hubieran dado la correspondiente satisfaccion, esto me sumerjió en graves dudas i ansiedades— ¿Pudo el Prelado dispensarlos de esa satisfaccion?

¿Los dispensó en efecto? ¿Como continúan ellos tranquilos en el ejercicio de su ministerio? ¿Erró el Obispo al dejarlos administrando sin exigirles la satisfacción?

Por otra parte yo continuaba siendo objeto de discusion, los sacerdotes ocultos afeaban mi conducta: la satisfaccion que yo habia dado no habia pasado de los límites de Belen. Otra vez ansiedades i dudas: yo buscaba de buena fe la verdad: deseaba estar bien ante Dios: resolví en fin retractarme mui solemnemente. Mi caida se habia hecho oír en toda la Diocesis era necesario que la reparacion del escándalo produjera sus efectos en todas partes.

Esta fué ya mi resolucion fija en los dias en que mi padre se agravó i sin esperanza de salud— Hijo único, ¿cómo resolverme a abandonar a mi padre en sus últimos momentos? ¿cómo dejar a mi desgraciada madre, a mis pobres hermanas en la viudez i en la orfandad mas horrorosa, sin acompañarlas en su dolor, sin mesclar mis lágrimas a las suyas?. Ciertamente yo he podido decir en aquellas aflictivas circunstancias, yo podia decir con el Santo Job, *nimis torqueor*, demasiado soi atormentado.— En medio de estos tormentos llegó por fin el 3 de enero de 1863, i con él la mayor fatalidad doméstica para un hijo, ¡¡la muerte de su padre!! yo le vi espirar ¡Ah!...

¡¡Desgraciado de mí!!!...

Pasado el estupor que produce un acontecimiento tan triste i desolador, pensé en llevar adelante mi retractacion i proveer de algun recurso a mi desolada Madre. Iniciada la causa mortuoria de mi padre, cubiertos los gastos de su enfermedad i defuncion, doné a mi madre por escritura pública los bienes que poseia, i que el Gobierno podia robarme.

Era mui natural que me ocultara antes de que constase mi retractacion; pero una nueva dificultad se me presentaba. ¿Adonde huir? quien me socorreria en mi fuga? ¿a quien le pediria el pan del proscrito? Los rojos me aborrecian de muerte, mi fuga burlaba las esperanzas que ellos se habian formado de que mi sometimiento aseguraba el triunfo de su causa. Los conservadores no me compadecian, ellos me habian abandonado. Aquellos mismos a quienes yo les habia servido en mi ministerio me habian vuelto su espalda. M.

i O. mis amigos, asi como los mas caritativos de entre los catolicos se habian contentado con jimir i llorar; i no era por cierto lágrimas lo que mas yo necesitaba, demasiado habia aflijido el Señor mi casa para tener torrentes de lágrimas. En todo el tiempo de mi sometimiento nadie me habló una palabra de retractacion, por consiguiente nadie me ofreció el mas lijero servicio a este propósito— ¡Ah!

A todos mis males Dios me añade el de la soledad. Si: yo estaba solo— en medio de tantos millares de habitantes. ¡Oh! Ojalá no olvide yo jamás que yo soi solo en este valle de miserias.

Oprimido de tristeza corro a buscar en su escondite al Presbítero José Ignacio Montoya que me habia dado algunas muestras de compasión. Le abro mi corazón no sin lágrimas i confusion: él mide toda la intensidad de mi pena i comprende toda mi angustia— ¡Oh! él debia ser mi único ángel de consuelo: me anima, me ofrece sus servicios, se encarga de proporcionarme un escondite i allanada esta dificultad yo vuelvo a casa a practicar mis últimas diligencias, i a despedirme de mi querida madre i de mis pobres hermanas.

Mi porvenir se me presentaba a mi imaginacion por una serie de males de otra especie. El Tirano debia rujir de furor contra mí: decretos de secuestracion, de persecucion i de muerte serian bien pronto espedidos: Zenon i Rodríguez se encargarían espontaneamente de la comision de aprenderme. Yo debia ocultar mi nombre no solamente en las casas donde fuera caritativamente recibido, sino aun tambien mi existencia hasta en las breñas i en las selvas; tendria que sobreponerme a las dificultades de los caminos i prepararme a sufrir los rigores del tiempo, asi los ardores del sol, como el arrecimamiento del invierno— Preparé pues vestidos fuertes que resistieran algun tanto mas que los acostumbrados a la inclemencia a que iba a estar sujeto. Dos pantalones de tosca manta, dos camisas de lienzo, una ruana i balleton, un sombrero vasto forrado en fieltro, un carriol, unas alpargatas i el inseparable Breviario: ved aquí mi equipaje.

Redacté la retractacion que habia de hacer llegar a las manos del tirano; dos cartas para los sacerdotes fieles, otra para los sacerdotes sometidos. La imprenta no me sería permitida; era necesario hacer circular por ma-

nuscritos i furtivamente estos documentos. Gracias a Dios, ellos han sido bien conocidos. Temo, sin embargo que esas felices inspiraciones de Dios se olviden con el tiempo: quiero legarlos a mi familia i por eso las copio a continuacion—

“Señor Presidente de los EE. UU. de Colombia.

El trece de noviembre del año procsimo pasado fui reducido a prision por órden vuestra sin que hubieran transcurrido las 72 horas que concedisteis de término a los sacerdotes de esta ciudad para someterse a vuestro gobierno a los decretos sobre Tuicion i Desamortizacion de bienes de manos muertas. Sepultado en un inmundo calabozo, cargado de grillos, insultado frecuentemente por algunos de vuestros subalternos, yo sufría con resignacion la prueba a que Dios me habia sometido i sentia un inesplicable gozo porque en los secretos designios del Altísimo me hubiera elejido mártir de su religion i de los fueros de su iglesia. La circular del Illmo Señor Obispo de 30 de noviembre último i otras circunstancias afflictivas turbaron mi conciencia: yo no me veía ya como un defensor de la Iglesia i de la religion, sino como un obstinado político, i no hallándome con vocacion para morir mártir por un partido firmé en tres de diciembre la fórmula de mi sometimiento a vuestro gobierno mui especialmente a los decretos de Tuicion i Desamortizacion de bienes de manos muertas. Despues de que he estado en libertad a fuerza de un estudio conciensudo i de reflexiones desapacionadas, me he persuadido de que hize mal en reconocer vuestros decretos usurpatorios de la autoridad de la iglesia i de sus bienes. Por ese auto yo he incurrido en la censura impuesta por el Concilio de Trento en su sesion 22 capitulo 11 de reformatiome. Yo debo una solemne satisfaccion a la iglesia a la cual he ofendido, i deseando como deseo estar siempre en la unidad católica, vivir i morir en el seno de la Iglesia de J. C. me hallo en el deber imprescindible de retirar como en efecto retiro formalmente de la fórmula de mi sometimiento la frase “mui especialmente a los decretos de Tuicion i Desamortizacion de bienes de manos muertas”— Belen 19 de enero de 1863— Señor Presidente— José María Gómez Anjel”.

A los sacerdotes católicos—” 19 de enero de 1863— Al señor Pbro. N. En tres de diciembre del año proximo pasado, rodeado de circunstancias afflictivas, prometí al

gobierno de los EE. UU. de Colombia obedecer sus leyes i decretos, mui especialmente los de Tuicion y Desamortizacion de bienes de manos muertas. Por este triste acontecimiento yo he causado graves males a la Iglesia pues he contribuido a sostener el altar que se levantara contra el altar en que la Iglesia católica, apostólica romana ofrece a Dios el único sacrificio que le es agradable. Al presente reconozco mi falta, que cometida hallándome rodeado de circunstancias las mas aflictivas ha podido ser excusada pero no disculpada i mucho menos justificada. Debo a la Iglesia una satisfaccion que repare el escándalo que he dado i que enjague las lágrimas que la he hecho verter, i en esta virtud he dirigido en esta misma fecha al gobierno de Colombia una retractacion solemne de mi sometimiento en cuanto dice a los decretos de tuicion y desamortizacion de bienes de manos muertas. Dígnese U. aceptar esta satisfaccion i hacer trascendental, en cuanto le sea posible este acto a los fieles que yo he escandalizado. Suplico a U. encarecidamente no se olvide en sus oraciones de su desgraciado hermano en Jesucristo. José María Gómez Anjel”.

A LOS SACERDOTES CISMATICOS.

“Señor Pbro N.— Mui apreciado señor mio: Como U., yo he sido bastante desgraciado para haber prometido obediencia a los decretos i leyes del gobierno de los EE. UU. de Colombia, sin hacer distincion en sus actos, ántes sí sometiéndome mui especialmente a los decretos de Tuicion i Desamortizacion de bienes de manos muertas. Yo he contribuido pues a romper la inconsútil túnica de Jesucristo; he concedido a un poder extraño la autoridad que la iglesia ejerce sobre los fieles, he incurrido en la censura impuesta por el Concilio de Trento en su sesion 22 cap 11 de reformation, i aunque he recibido absolucion del que pudiera concedermela, yo debo a la iglesia la condigna satisfaccion i debo a mi conciencia la separacion de la ocasion. No he podido conciliar los deberes de sacerdote católico con la condicion de sacerdote sometido a los decretos anteriores contra la autoridad i bienes de la Iglesia.

Reprobar en mi corazon estos decretos i continuar sometido a su obediencia, no puede ser: esto me hace

mil veces mas criminal a mis propios ojos que el acto de mi sometimiento el 3 de diciembre proximo pasado. Este puede haber sido un acto de suprema debilidad, de ignorancia si se quiere; aquello es una conducta de premeditada malicia que es infinitamente peor. Decir que estoy arrepentido de mi falta i negarme a manifestar este arrepentimiento por la debida satisfaccion es tambien una conducta inesplicable.— Quizá, señor, mi sometimiento lo habrá incitado a someterse, o continuar en su condicion de sometido: es para reparar ese escándalo que le escribo; es para suplicarle que me perdone i para decirle que he retractado mi sometimiento ante el gobierno de los EE. UU. de Colombia, para que si mi mal ejemplo lo ha seducido mi arrepentimiento lo edifique— Con sentimiento de consideracion i aprecio soi de U. afectísimo servidor i capellan— Jasé María Gómez Anjel”.

Despues de esto, yo no podia hacer mas, ni la Iglesia podia exigirme mas para reparar mi falta: empero el Presbítero Sebastian Emigdio Restrepo se habia tomado la libertad de decir; “que los clérigos sometidos sin escepcion ninguna estábamos escomulgados e irregulares, que éramos profanadores de los templos, sismáticos i herejes, inhábiles para ejercer ninguna funcion religiosa, nuestra comunion vitanda”. Al emprender la carrera de las humillaciones, queria yo que fuesen cumplidas, i para evitarle a este sacerdote la ocasion de pensar que mi obra no era perfecta me dí por suspenso e irregular.

La suspension es una pena canónica que se inflige a los sacerdotes por crímenes que regularmente los infaman: esta condicion debia hacerme sufrir, tanto mas cuanto que desde que soi sacerdote en lugar de penas i castigos no he merecido sino respetos i atenciones. El cáliz debia apurarse, vedme pues suspenso, es decir infame. ¡Ah! aun otra vez ¡Dios mio! *nimis torqueor*; ¡demasiado soi atormentado!

¡El 18 de enero de 1863 celebré por última vez el santo sacrificio!

Todo estuvo arreglado para el 19 de enero por la noche. Triste debia ser la separacion de mi madre i hermanas: quizá víctima de la persecucion seria desterrado o degollado sin verlas otra vez: las dejaba solas, bajo

la sola proteccion de Dios: sin apoyo en el mundo, entregadas a sus propios esfuerzos. ¡Oh Dios mio!—

¿Nunca separarás las amarguras del hijo de las de la madre? El excelente amigo Martiniano Pérez i los recomendables jóvenes Félix i Rafael Pelaez fueron los únicos que supieron mi fuga: ellos me ayudaron a salir rompiendo una picacha de mi manga al camino que por la quebrada La picacha conduce hacia la Montañuela. En la calle de Altavista les ordené que me dejaran seguir solo, i asi lo hicieron. Eran las 9 de la noche, tenebrosa i lóbrega, el cielo estaba nebuloso, poco ántes habia llovido copiosamente, ni un astro en el firmamento, apénas podia distinguirse el camino que llevaba. Me encomendé mui de veras a Maria Santísima, me puse bajo la salvaguardia del Arcánjel San Rafael que guiara mis pasos de mi peregrinacion ofreciéndole ser su devoto perpetuo, i solo mis plegarias al cielo interrumpian mis tristes reflexiones.

Como el macho cabrio que una vez en el año entra al atrio del templo en donde el Sumo Sacerdote le imponia las manos para cargarlo de sus pecados i de los de todo el pueblo de Israel, para ser arrojado en el camino del desierto llevando sobre sí la ira e indignacion de Dios, hasta terminar su vida despeñado en un barranco; asi me contemplaba yo, hacinados sobre mi la execracion de los buenos, el odio de los malos, mi propio pecado, las lágrimas de mi familia, el escándalo de la Iglesia: empezaba a andar mi camino cuyo término no preveia, espuesto a sufrir males sin cuento, i a pasar por todas las humillaciones imaginables. Un solo objeto veia en lontananza, ¡la muerte! o en el patíbulo o en la grieta de una roca.

Tal es la fiel historia de mi desgraciada apostasia, en que tuvo ménos parte mi voluntad de hacer mal que mi ignorancia i las circunstancias que la acompañaron. No por eso pretendo disculparme, mucho ménos justificarme: comprendo qué espantosa brecha abrí al muro del lugar santo. Con fragoso estruendo el huracan arranca los seculares robles de nuestras selvas ¡Oh! a cuantos otros no arratra en su ruina! las montañas repiten en prolongados ecos su espantoso desastre— ¿quien podrá volverlo a su antiguo estado?

No pretendo yo repararme ante los hombres: ¡muy feliz fuera de repararme ante Dios!— Ved mi único objeto en esta tercera epoca de mis desventuras.

Habrá comprendido mi querida Madre i todos los que este escrito lean, que la circular del Illmo. Sr. Obispo del 30 de noviembre fué la ocasión del pecado de mi sometimiento, sin que el Prelado tuviera voluntad de hacerme caer— Mi error consistió, en que yo formé mis razonamientos partiendo de la interpretacion que el Tirano daba a la circular que tenia en sus manos. El Prelado por actos posteriores privados reprobó mi sometimiento: esta improbacion detuvo al Padre Sanchez de someterse: pero ya no era tiempo para mí; si hubiera manifestado su concepto cuando le preguntabamos por conducto del Pe. Naranjito, probablemente nos hubiera sostenido— Cuando una epidemia empieza a reinar, los primeros pacientes mueren, i en ellos estudian los medicos el caracter de la enfermedad— Yo fui tambien la primera victima, serví de objeto de estudio a los demas.—

Hoi que no estoi bajo la estupenda presion de los tormentos, que no veo al Tirano tan de cerca, que no tengo a mi Padre agonizante, la circular del obispo no tiene para mí otra significacion, que la de ser la derogatoria de la de 26 de Mayo de 1862: ella no ordena el sometimiento, tampoco levanta la suspension a los sacerdotes que se habian sometido ántes de su expedicion, i mucho menos deroga ni dispensa las censuras canonicas—

¿Porqué el 3 de Dbre de 1862, no la entendí yo así?

Porque me preocupé, i porque hasta ahora no he comprendido cuan diferentemente piensa un mismo hombre sobre un mismo objeto, en circunstancias diferentes.

En fin, Dios lo permitio todo como ha sucedido, para mi correccion i escarmiento— Hágase en mí Su voluntad:— i pasemos a la tercera parte.

TERCERA PARTE

Aquí empieza mi peregrinacion; i aquí empiezan los favores con que el cielo me agobia, mostrándome a cada momento i tropezando a cada paso con cristianos instrumentos de su inefable misericordia ¡Bendita seas Religion santa venida del cielo! Tus maximas profunda-

mente gravadas en el corazon de cada uno de los fieles a donde he dirigido mis pasos me han hecho encontrar desde la casa cómoda del rico hasta la humilde choza del labriego, un hogar, un asilo, un eco compaciente de mi desgracia. ¡Religion divina! tú que tienes el secreto de endulzar las penas: tú que muestras en los que te practican hermanos bondadosos i tiernos, ¿quien podrá abandonarte? ¿quien dejará de encomiarte? ¡Oh! desgraciados los que no te conocen!

En esta tercera parte de mi pobre escrito la que quisiera escribir con letras de oro; las que deseara que todo el mundo viera para que las obras de caridad i benevolencia de que yo he sido objeto, asi como llevadas por los Anjeles al trono del Altísimo, le han complacido i los bienaventurados se han sonreido i fijado sus miradas benefactoras sobre tantos justos que siguen sus huellas en esta triste mansion, asi quisiera que los hombres de todo el mundo conocieran a mis protectores i les rindieran toda la admiracion, toda la alabanza, toda la gratitud que yo les debo.

Al frente de todos estos Anjeles de misericordia cuyos hechos i cuyos nombres pretendo hacer conocer se presenta el Presbítero José Ignacio Montoya, cura de Itagüi: Sacerdote fiel, ha perdido todos los bienes, porque el Tirano se los ha embargado, perseguido con especialidad porque por el influjo que ejerce sobre una gran parte del clero sostiene a muchos sacerdotes para que no caigan, él se burla de sus perseguidores, i su critica situacion no le impide derramar sobre mí los favores mas oportunos.

Ya dejo dicho como i por que via sali de mi casa; por el intransitable camino del "Pecho" volviendo por el "Convento" acia "Careperro" hasta hallar los fangales que llamamos "calle nueva del guayabal"— i siguiendo para Itagüi anduve solo sin que a mi encuentro hallara mas que perros que me saludaban al pasar advirtiendo a sus dueños que alguien transitaba por sus alares.

Eran las doce de la noche cuando llegué al "Tablazo"— casa de Ezequiel Arango: de su corredor salió el Padre Ignacio que me sentia llegar; la oscuridad de la noche no me permitio distinguirlo sino cuando su voz se hizo oír a cuatro pasos de mi: habia prometido esperarme en aquel punto; i con riesgo de su persona, de

su salud i solo por favorecerme habia pasado alli una noche lluviosa i brumosa.

Entró i yo le seguí a la posesion de Rosa Palacio viuda de Hilario Mejia, atravezamos sucesivamente mangas, plantaciones de caña dulce, cañaverales, la Doñamaria que estaba crecida, arados, hasta que de repente nos hallamos en patio interior de una humilde i antigua casa de teja, sumerjida en el fondo de un platanar. Por las hendijas de una puerta se percibia la luz de una lámpara: algun ser velaba: no se hizo esperar mucho tiempo; Don Francisco Saldarriaga (mono) i su esposa doña Maria Antonia Mejía salen a recibirnos. Apénas habia visto en mi vida pero nunca habia tratado a estos discípulos de caridad, para merecer sus atenciones, su cariño, ponerse a mi disposicion con su casa i sus pocos bienes. El Padre Ignacio se retiró i quedé posesionado de aquella casa.

El dia siguiente, 19 de enero, lo dediqué a firmar la retractacion i las cartas que de mi escondite debian hacer conocer el arrepentimiento de mi sumision, desde el gabinete del Dictador hasta la última casa de la Diócesis. Por conducto del estimable jóven levita Rafael González Saldarriaga mi emisario cerca de Victor Molina se hizo saber bien pronto mi resolucion.

En esta casa moré hasta el dos de febrero por la noche.

Difícil me es describir cuanta ternura les merecí al Señor Saldarriaga i su esposa: que inmensa deuda de gratitud gravita sobre mí. ¿Cuando podré yo olvidar las finezas de este buen sujeto, que llegaron hasta el punto de pasar algunas noches en vela, tras el platanar para que yo durmiera con tranquilidad? Solo mi padre pudo hacer por mí lo que Saldarriaga hiciera.

El tiempo transcurrido alli lo empleé en estudiar, en enseñar a Pastor, Antonio José i Dolores pequeños hijos de Saldarriaga. La necesidad de conservarme incógnito me obligó a aceptar el oficio de maestro. Algunas veces cuando amenazaban fuertes rondas me iba a dormir donde Joaquín Vélez (Felicito), hombre pobre i honrado que con sus hermanas me prestaron atenciones i cariño.

Para hacer ejercicio me ocupaba en desherbar la huerta que daba a la alcoba que yo habitaba.

Como era natural mi retractación enfureció al Dictador i en consecuencia decretó pena de muerte contra mi, la espulsion de las Monjas de su monasterio que no se llevó a efecto en la ciudad de Medellín; pero que produjo su efecto en las desgraciadas religiosas de Bogotá que fueron bárbara i cruelmente arrojadas de sus claustros.

Agapito Vélez, Juan Francisco Vélez, Jenaro Vélez, Manuel Arango me visitaron con alguna frecuencia. En este intervalo recibía frecuentemente cartas de mi madre, de Victor, de M. i de O.: tuve noticia de la retractacion del doctor Zuleta, i recibí una carta del Presbítero Mariano Antonio Sánchez que como gobernador del Obispado aplaudia mi retractacion. Esta carta me honra i la transcribo— "Secretaria del Obispado— enero 29 de 1863.— Al Señor Pbro José María Gómez Anjel— He recibido órden del señor gobernador del Obispado para dirigirme a U. felicitándolo por la brillante reparacion con que U. acaba de componer la desgraciada caída que las tristes circunstancias que atravezamos le hicieron dar, i con que U. como otro Pedro se ha levantado lleno de gloria: i como él se propone dar cuenta al Illmo Señor Obispo cuando las circunstancias lo permitan de un acontecimiento tan fausto para la Religión i la Iglesia, me ha ordenado pedir a U. copia de las manifestaciones que haya hecho al clero, la retractacion dirigida al gobierno i cualesquiera otros documentos relacionados con aquel acto laudable, para con todos ellos dar cuenta al Illmo Señor Obispo Diocesano que al recibir en la amargura de su destierro una noticia tan plausible no dejará de experimentar mucho consuelo— Dios guarde a U.— Daniel Ma Yépez"

El dos de febrero por la noche el Padre Ignacio quiso que fuéramos a andar por otras partes. En efecto, salimos por la calle de Itagüí-arriba, volviendo por el camino de Eliconia llegamos donde Dn. Francisco Vélez que no pudo conocerme sin que le dijéramos quien era. Allí dormían aquella noche los Padres Betancurt i Herrera: iba a celebrarse un matrimonio. No me convenia dejarme conocer de muchos i partimos. Llegamos avanzada la noche donde don Baltazar Montoya, cuya esposa estaba enferma: allí dormimos; por la madrugada celebró el Padre Ignacio el santo sacrificio de la misa i se dió comunión a la enferma.

Nada me ha impresionado tanto como estas misas, esta administracion de sacramentos a escondidas, en una secreta alcoba, i en donde para ser admitidos a su participacion es necesario asegurarse primero de que no hai rojos que puedan traicionar al sacerdote ni a los fieles. Ver consumir la consagracion de las especies en aquellos lugares, sobre una pobre mesa i en medio de escasos adornos: que descende Jesucristo desde el cielo muchas veces allí al borde de la cama del moribundo, sin mas cánticos que los lúgubres del llanto i del dolor, sin mas músicas ni armonías que las de las palpitaciones de los corazones de los pocos fieles que logran reunirse en aquellas secretas asambleas; ¡Oh! Solo la continua repetición de estos actos puede desimpresionar el ánimo triste i abatido para pensar en las acciones de gracias que el fiel cristiano debe a un Dios de bondad i de misericordia que perseguido en los templos por el tirano de Nueva Granada i no queriendo abandonar a los hombres, ha convertido en templos los vastos campos, en sagrarios los árboles frondosos, en pavimentos la mullida yerba, en cúpulas todo el firmamento, su lámpara es el sol naciente, a sus aras llega el perfume de las flores de la naturaleza en alas de la suave brisa. En estas ocasiones nosotros hemos recordado la Iglesia de las catacumbas; ¡Oh! Si tuvieramos también el fervor de aquellos cristianos podíamos decir que la Iglesia ha ganado mas bien que perdido con la persecucion.

Después del desayuno emprendimos viaje para "Prado"— Da. Concepcion Uribe, piadosa señora, a quien Dios habia visitado con la enfermedad de siete hijos simultaneamente, don Rafael Betancurt i su familia, remedos de la edad de oro, i don José Ma. Jiménez sencillo religioso fueron visitados por nosotros aquella mañana. Después de un frugal almuerzo que nos sirvieron donde don Rafael Betancurt seguimos por Prado hasta la Ceja de Quebradalarga por ver al Padre Nepomuceno Ruiz a quien deseábamos visitar.

Llegamos donde don Gabriel Ruiz caballero cumplido, marido de Hortencia Gaviria heredera de las virtudes de Antañita Londoño su madre. El Padre Ruiz huía por otras breñas i no tuvimos el gusto de verlo; pero no por esto Gabriel, su esposa i su hija dejaron de tratarnos con la confianza i caridad suficiente para que yo sufriera profunda pena al separarme de su casa.

Mucho habia yo deseado aprovechar la ocasion que se me presentara para ir donde M. a Sabaletas. En esta vez no podia presentármese mas oportuna. Mi compañero i don Gabriel conocian mi deseo; estaba en camino; ellos me proporcionaban los medios para hacerlo con seguridad; pero supe por boca del sacristan de Eliconia que M. esperaba en aquellos mismos dias al hermano Pbro. Betancurt que se preparaba para recibir la sagrada comunión en su misma habitacion de Sabaletas i súbito pensé que yo iba a turbar con mi presencia la serenidad de aquella familia: sometido, retractado, huérfano, suspenso ¡ah! ménos bastaba para hacer llorar de tristeza todos los habitantes de esa casa, i mas cuando se iban a administrar los santos sacramentos que yo acostumbraba dispensarles en tiempos mas felices. En consecuencia, resolví no ir a Sabaletas, i el cinco de febrero nos volvimos por el camino que habiamos llevado.

En nuestro regreso visitamos a Dn Antonio Betancurt i llegámos a las "Despensas" a casa de don Francisco Betancurt casado con doña Encarnacion Betancurt. Allí dormimos, i el dia siguiente comulgué i despues del almuerzo, montamos para continuar nuestra marcha, vimos a don Ramón Jiménez, a Joaquincito Betancurt donde comimos; allí estaban los Padres Betancurt i Herrera, por la noche descendimos hasta donde don Bautista Montoya casado con la estimable señora doña Rafaela Montoya. Esta familia vive al pie de Prado al lado izquierdo de la Doñamaria, en la falda opuesta a la Altavista de Belen. Allí me dejó el Padre Ignacio el 7 por la noche recomendado a los ciudadanos de esta noble jente: su relijion i su virtud escusaban cualquiera otra recomendación a mi favor: sacerdote desgraciado, mi situacion era demasiado para enternecer su corazon. Su numerosa familia me consideraba como miembro de su casa.

Sin embargo yo estuve allí triste: el mismo hecho de atenderme mucho siéndoles un ser extraño i desconocido me aflijia. Por esto resolví volverme a mi primera morada donde don Francisco Saldarriaga: pero ántes de partir debia comulgar. Con este objeto el 9 por la tarde por vias dificiles fuí hasta las "Despensas" en busca del Padre Betancurt: por una casualidad que yo no esperaba el Padre Betancurt iba esa misma tarde en mi solicitud, así despues de dos leguas de rodeo llegué al punto don-

de habia partido. Ya estaba allí el Padre Betancurt, comulgó pues el día 10; por la noche me despedí del hermano Betancurt i de toda la familia de don Juan Bautista Montoya, cargado con una inmensa deuda de gratitud. No era digno de tantos favores, i salí derrotado por ellos.

Grande fué la alegría de don Francisco i de doña Maria Antonia al oirme hablar tarde de la noche en el umbral de su casa. Con la confianza de un hijo para con sus padres les conté cuanto me habia acontecido en los nueve dias que pasé fuera de su hogar. Mucho tiempo hubiera permanecido en aquel lugar de refugio si mi seguridad personal no me hubiera impelido a obrar de otra manera.

El alcalde de Itagüí (Pinche) no habia cumplido ni tenia voluntad de cumplir las órdenes del Dictador contra los sacerdotes.

Dios premiará esos actos de relijiosidad. Manuel Garcez habia sido nombrado por sucesor, como íntimo amigo de Zenon i juzgando que la amistad por él lo comprometeria a perseguirnos: tampoco estaba dispuesto Garcez a hacerle mal a la iglesia. El rumor se extendia de que se tomaban medidas para recorrer todos los distritos con tal escrupulosidad que se lograria apresarnos. El Gobierno estaba enfurecido porque los pueblos presentaban inercia al cumplimiento de sus disposiciones. El día 15 de febrero estaba yo donde don José María González donde nos habiamos reunido el Padre Betancurt, Sebastian Restrepo i yo: ese día fue a pasear a aquella casa Enrique Gaviria que solicitaba al Padre Restrepo Sebastian para que lo confesase. Sospeché que él pudiera conjeturar que yo estuviese allí i esta consideración me hizo temer mas por mi seguridad.

En esa misma tarde tuve sin embargo un consuelo. En una carta que Illmo Señor Obispo escribió al Padre Ignacio Montoya le dice estas palabras referentes a mi retractacion— “Lo del Padre Gómez me ha tenido inquieto, por lo mucho que lo aprecio i por los males que ha podido hacer a la iglesia: si es cierto su nuevo procedimiento, ha hecho lo que debía hacer”— Estas cortas frases me levantaron de la postracion en que me hallaba: el Prelado aprobaba pues mi retractación: mi conciencia estaba ya tranquila.

Preparándose pues el Prefecto Zenon para perseguir con mas furor al clero pensamos en huir mas léjos: de acuerdo con el Padre Ignacio concertamos de que Betancurt i yo huiríamos juntos, i aprovechando de los ofrecimientos de don Juan Francisco Velez i de Jenaro Vélez resolvimos retirarnos a la Miel de Córdas a la montaña de Valvin Vélez. Formado este plan el 13 por la noche nos disolvimos: dormi donde don Francisco Saldarriaga.

En esta semana amenazaba la persecucion mas rudamente i habia obstáculos para ir a la Miel. Fué pues una semana azarosa: el fujitivo no cree estar seguro en ninguna parte, i el que es bien desgraciado como yo, teme que lo mejor se convierta en mal. El 19 hubo un incidente desagradable que me mortificó mas: un empleado publico fue a cobrar a don Francisco un com-
parto que debía: cuando me oculté para que ese empleado no me conociera ya me habia visto. Temia que este fuera a hacer méritos denunciándome, i salí de la casa aquella noche para ir a dormir donde Joaquin Vélez: (afortunadamente los padres Montoya i Herrera iban a visitarme aquella noche, i me uní a ellos fuimos pues a dormir donde
Palacio viuda de Hilario Mejía.

El 20 después de misa i almuerzo fuimos los tres donde don José María González, i donde otras personas de aquellos alrededores: por la noche fuime a despedir de don Francisco, María Antonia i sus hijitos porque todo estaba listo para irnos a la Miel esa misma noche. Era conveniente no decir para donde partiamos ni cuando volveríamos, por lo que aquella despedida fue amarga, i tanto mas amarga cuanto que la familia creia que volviera aun que mitigara la persecucion.

Sali pues de allí a juntarme con el Padre Betancurt que me esperaba donde don Juan Francisco Vélez allí resolvimos ir a dormir a una casa abandonada de doña Bríjida
madre de los señores Vélez. Aquella noche no dormí un solo instante: a las 12 me levanté i llame a mi compañero. Nos desayunó doña Jacinta Vélez esposa de don Juan Francisco i en compañía de Jenaro i un peon que llevaba utensilios para celebrar el santo sacrificio, partimos.

Nuestro consigno al juntarnos el Padre Betancurt i yo, fue el consolarnos mutuamente i correr parejas en los riesgos: asi habían convenido los demas, andar de dos

en dos, el Padre Montoya se unió al Padre Herrera; los Padres Soto, Ruiz i Restrepo Sebastian debian andar separados porque eran curas i debian servir en lo que pudieran a sus feligreses.

En cuanto a nosotros no nos separamos de Itagüí sin gran dolor. ¡Pueblo bendito! habia sido el albergue de siete sacerdotes, i en todas las personas que tuve la felicidad de tratar no hallé sino padres, hermanos que se llamaban felices cuando algun sacerdote se hospedaba en su casa. Los nombres de mis principales benefactores quedan ya consignados; pero no se crea que los demas fieles de este distrito no estuvieron animados de los mismos sentimientos. Pluguiese al cielo llover sobre aquella tierra bendiciones temporales i premiar a sus hijos con las felicidades del cielo.

He hecho mencion del jóven Rafael González: es un ser para mí mui querido: su porvenir me interesa: le debo favores i servicios.

Si yo pudiera levantarme de mi desgracia en lo sucesivo, haria por su felicidad, lo que estuviera a mis alcances. ¡Ah! En otro tiempo yo disponia a mi voluntad de becas en el Seminario, mis empeños ante los Prelados i Superiores eran eficaces, mi intercesion en favor de algunos era segura: hoi los papeles se han trocado, el aquilon sopló sobre mi, mis méritos se hicieron inútiles i como el arbol desarraigado, allí me consumiré en donde he caido.

Ya hé dicho como salimos de Itagüí a la primera hora de la madrugada del dia 21 de febrero: la aurora empezaba a disipar las sombras de la noche cuando íbamos llegando a la montaña de la Miel que trabaja i habita don Balvino Vélez. Habiamos pasado por Caldas i abrigábamos la persuacion de que nadie nos habia visto: i así era en efecto.

El hermano que ausente muchos años en paises remotos aparece de repente, no es recibido con mas cordialidad, con mas cariño, que lo que nosotros fuimos recibidos por don Balvino— su corazón es una fuente de donde brotan raudales de bondad: Dios le ha dado por compañera a doña Maria Josefa Velez: estos dos seres parecen criados el uno para el otro, la uniformidad de sus sentimientos es completa. Su matrimonio, Dios lo ha bendecido i contaban siete hijos Francisco Antonio, Ramona, Elias, Ismael, Balvina i

en cuya sumisión obediencia i respeto a sus padres se nota que el Anjel que preside al himeneo ha sido fecundo en inspiraciones para el gobierno de aquella familia. Mui pronto nos connaturalizamos con aquellos seres, nuestros males i pesadumbres obtuvieron una tregua. Húbieramos permanecido alli indefinidamente, pero, estaba escrito en el libro de la Providencia divina, que debia vagar por las breñas i los montes, i una voz secreta ¡anda! ¡anda! nos impelia sin cesar. Ya referiré los motivos que nos hicieron salir de alli i ántes es necesario contar algunos incidentes.

Fuimos visitados alli por Don Juan Francisco Vélez que fué desde Itagüí con aquel objeto: los señores Nicolas Soto, Ulpiano Saldarriaga, Rafael Anjel, no solamente nos visitaron sino que tomaron a su cargo responder de nuestra seguridad. ¡Jesus! que hombres tan buenos i tan nobles! Yo no podré nunca recordarlos sin enternecimiento.

Una circunstancia mas, me hacia agradable aquella mansion. Cuando mi madre estaba jóven habia visitado aquellas montañas donde mi abuelo i mis tios trabajaban i entraban en negocios con los descendientes de indíjenas poseedores de aquellos terrenos. La planta de mi querida Madre habia hollado la yerba de aquellos campos, su inocente mano habia cojido sus flores, sus ojos habian mirado los asperos montes que el robusto brazo del hombre ha descuajado despues: tal vez habia contemplado el salto de la Miel; en fin, mi Madre querida, habia respirado el aire puro de aquellas montañas, esto era bastante para que mi corazón susceptible a tiernas i gratas impresiones, se espancierá en los efluvios del amor filial. Si yo hubiera sabido cual fuente abrevó su sed, en que campo habia habitado, cual roca le sirvió de asiento, que breña sostuvo su pie en sus andanzas, yo los hubiera besado, los hubiera regado con mis lágrimas: hubiera ido alli a desahogar mi pecho.

De la casa de don Balvino fuimos dos veces a la casa de don Nicolas Soto a pie i con el objeto de ejercitarnos en bajar i subir, i para endurecer las plantas de nuestros pies, pues aunque hacia dias habiamos abandonado el calzado, todavía estábamos delicados.

Para esto atravezábamos una profunda cañada, por cañeros, empalisadas, monte, sabanas y casquijos ¡cuanto temia yo entonces que la ortiga i la pringamosa aca-

riciaran mis piernas! ¡Que agudos me parecieron los primeros guijarros i casquijos que pisé!

El 28 de febrero fuimos agradablemente sorprendidos por una visita inesperada. Era el Padre Clímaco Posada Cura de Andes, que guiado por el Padre Sebastian fue hasta donde nosotros. Solo el que es sacerdote comprende porque lo siente, cuan agradable es la visita de un hermano en el ministerio: soldados de un mismo ejercito, subditos de un mismo señor, ocupaciones idénticas, costumbres iguales, ocupados de unos mismos pensamientos, no ha lugar a diferencias, a contraposiciones, a contrariedades, i una reunion nuestra es sin duda la mas agradable.

Una sola cosa puede turbar esa armonía, i es cuando algun sacerdote se deja arrastrar de la ambicion o de la avaricia, como sus cuidados entonces son temporales i exclusivos, es por consiguiente egoista, i se observa que un tal sacerdote es considerado como un ser aparte: No asi cuando los sacerdotes estan consagrados a su ministerio i a quienes ni la aspiracion a elevados puestos, ni la sed de riquezas los dominan. El Padre Juan Clímaco me merece el buen concepto de ser un excelente sacerdote, i su visita no podia sernos desagradable; tanto mas en las actuales circunstancias, objetos de una igual persecución.

Departimos pues largamente; nos referimos nuestros sufrimientos, i como la Providencia nos ha conducido al traves de tantos acontecimientos. Impuesto de nuestra situacion nos manifestó que no habia tenido otro designio al hacer su viaje que traerme consigo, para ponerme en mayor seguridad. En todos los ángulos del Estado se sabia que yo estaba condenado a muerte, i en las vírjenes selvas i en los profundos riscos asi como en las inaccesibles cimas, i en los millares de senos que forman las caprichosas sierras, contrafuertes i colinas de Andes, me ofrecia el Padre Juan Clímaco a nombre de todos sus fiéles pan, abrigo i seguridad. ¡Ah! las decepciones que habia sufrido, me habian hecho escéptico; puse en duda la sinceridad de los ofrecimientos de mi amigo el Padre Juan Clímaco: ni aun lo creí que mi suerte le interesara tanto que lo hubiera puesto en un viaje arriesgado en que comprometia su seguridad i su libertad. ¿a quien puedo yo interesarle? me decia yo

a mi mismo. Escepto mi desgraciada Madre i mis infelices hermanas— ¿Quién puede pensar en mí?.

El resultado fue que yo lo despedí con respuestas evasivas i con subterfugios i se volvió a Córdas sin desesperar de que yo le seguiría i dándome tiempo para resolver definitivamente.

Transcurrían estos días i el infame José Trinidad Lobo había aprendido en Amagá o Titiribí al Pro José Vicente Garzón quien despues de insultado i maltratado logró escaparse de la guardia que lo conducía a Medellín.

El insigne bandolero Francisco Garcia de la Estrella había sido omnimodamente autorizado para perseguir i aprender sacerdotes donde quiera que los encontrara— Partidas de esbirros recorrían los distritos persiguiéndonos sin descanso.

El peon que nos había llevado a la Miel había cometido la imprudencia de decirlo a algunos en Itagüí, por lo cual ya no nos creíamos seguros. Yo recibía por conducto de Victor Molina recomendaciones de que me escondiera mucho, lo que me daba lugar a creer que se me buscaba con tezon i que se desconfiaba de mi seguridad.

Mi situación pues era crítica, i una alarma profunda me sobrecojió.

El jeneroso Juan Clímaco sin hacer caso de una escuela mia del primero de marzo en que le manifestaba mi voluntad de no venir a Andes, volvió donde mi segunda vez: me repitió sus instancias: me hizo entender que él había sido mandado de Andes a traerme: que el Doctor Pedro Antonio Restrepo estaba vivamente interesado por mí: que sus feligreses no lo hubieran dejado emprender aquel viaje sino hubiera sido por mi bien. Entónces creí sinceros los discursos del Padre Juan Clímaco: me resolví a seguirlo i tuve vergüenza de haber dudado la primera vez que me habló.

¡Hermano mio mui amado! Yo te pido perdon de la injuria hecha a la amistad, de haber dudado de tu sinceridad: pero disculpadme, mis desgracias, mi abandono habían introducido en mi corazón la desconfianza de los hombres i preocupado con tales ideas, me pareció mui sublime tu abnegacion para merecerla i para creerla— ¡¡Perdon!!

I tú ¡O pueblo de Andes! tú no me conocías; tú no habías recibido de mi ningun servicio al paso que había

vivido esclavo de Medellin educando su juventud, construyendo sus edificios publicos, dando magnificencia a sus cultos, predicándoles la doctrina evangélica sin intermision i sin descanso, empleando los largos dias en la administracion de los sacramentos, i sin embargo, en recompensa de tantos servicios no recibí sino la execracion i la persecucion. Recordé la conducta de aquella ciudad i no me permitía esperar de tí el amor i proteccion que tu cura me brindara.

¡Infeliz! Yo no sabia pensar sino pensamientos lúgubres, ofendiendote a ti pueblo bienaventurado. Aun otra vez ¡perdon!

El dos de marzo fue lunes: habiendonos puesto de acuerdo los tres, cómo i en qué precauciones debiamos partir, ocultando la verdad aun al mismo buen Balvino i su señora, se despidió de nosotros el Padre Juan Climaco para no volvernos a ver.

El miércoles dia 3 fue el Padre Sebastian, conforme a nuestro plan, empezó a hablarles delante de la familia de Balvino de nuestra inseguridad en aquella montaña i de la conveniencia de cambiar de domicilio: se ofreció llevarnos a otras montañas de su feligresado; logramos persuadir a Balvino de que nos convenia a nosotros i a él obrar de manera que todo el mundo se persuadiera de que no morábamos en su casa, i por fin convino.

Quizá parecerá ingratitud, indignidad el que ocultáramos a esta noble familia la verdad, i que no le dijéramos claramente cual era nuestro designio. Pero la esperiencia nos habia enseñado que no era posible ocultar nuestros pasos a la inquisicion de los enemigos, sabiéndolo aun los mayores benefactores nuestros. Frecuentemente nos ha sucedido que por lo mismo que los buenos se interesan por nosotros desean saber si lo pasamos bien; otros quisieran saber en donde estamos en cada momento para socorrernos i tranquilizarse ellos por su parte, i de confianza en confianza, i de secreto en secreto i algunas veces de imprudencia en imprudencia se hace notorio i público el lugar de nuestra residencia.

Mas: como los esbirros del tirano no reparan en usar de los medios aun los mas crueles para averiguar el paradero de sus victimas; pues ya hemos visto que cuelgan de los pies, que dan de azotes i planazos, que apresan i apremian a los amigos de los perseguidos, sin respetar el sexo, la condición ni la edad: debiamos temer

que ejerciendo tales infamias en los que tuvieran nuevas de nosotros los obligáran a hacer alguna confesion en perjuicio nuestro aunque mucho nos amaran i nos favorecieran. Mi madre misma, mis hermanas ¿no han ignorado tambien mi paradero? ¿Quien duda que esto es cruel? pero tales son los frutos del gobierno liberal de los EE. UU. de Colombia.

Desde que la familia de Balvino se persuadió que partiriamos, todo fue llanto i aflixion. ¡Oh lágrimas de un precio inestimable! Ellas no se secarán jamás en mi memoria.

Nos fue preciso aguardar hasta el 4 por la tarde para dar lugar a que se cumplieran otros hechos. Nunca habiamos transitado el camino de Fredonia: no debiamos hacerlo en compañía del Padre Juan Clímaco, porque al vernos exitariamos la curiosidad i se averiguaría nuestra condicion: nuestra venida a Andes no podria haberse ocultado, antes de que llegáramos a este punto, a los habitantes del valle de Medellín. Ved como se ejecutó.

A las cuatro de la tarde del dia cuatro salimos en nuestras mulas de casa de don Balvino prometiendoles, para calmar sus lágrimas volver mui pronto. ¡Ai! nosotros reprimiamos nuestras lágrimas para no traicionarnos. Hicimos una visita a Ulpiano Saldarriaga i familia i aguardamos la noche: este quiso acompañarnos i pasamos donde Rafael Anjel, que era quien debía traernos por el camino de Fredonia hasta cierto punto. De alli salimos a las ocho de la noche para no ser perseguidos en Caldas: logramos que se devolviera Ulpiano antes de salir al rio; el Padre Sebastian que por la mañana se habia separado de nosotros para juntársenos esa noche enderezó sus pasos para el pueblo. Nosotros seguimos por el rio arriba hasta frente a la posesion de Domingo Arango. Durante el dia habia llovido abundantemente, el camino estaba lizo: pero en retorno la luna en su plenitud alumbraba mas que suficientemente.

Taciturnos i silenciosos marchábamos a la voluntad de nuestras mulas: ya temiamos que los guías que el Padre Juan Clímaco debia mandarnos de Fredonia no hubieran ido, ya por lo riguroso del invierno, ya por lo tarde de la noche: llegábamos a la "Lejia" cuando nos encontramos dos caballeros, el uno parecia militar, el otro embozado en su caucho que habia reconocido a Ra-

fael i le hablaba-medio turbado yo levanté la voz para decir ¡Próspero! i el embozado respondió ¡Bartolo! Este era el santo i seña, esta la señal convenida con el Padre Juan Clímaco para nosotros reconocer nuestros conductores.

Me alegré en el alma: di gracias a Dios: nos entregamos a ellos: Rafael se volvió dejándonos del justo reconocimiento que le debemos i proseguimos nuestro viaje con los nuevos compañeros que eran Don Fernando Correa de Fredonia i Próspero Restrepo de Andes.

Poco tiempo necesité para sondear i conocer el tesoro de nobleza de estos dos hombres, que por mandado del Padre Juan Clímaco debían llevarnos a la casa de don Cristóbal Uribe en el Uvital. Serian las nueve de la noche cuando llegamos al alto del Cardad: lugar siniestro, alli habian asesinado a un infeliz correista i el asesino es hoi uno de los mas decididos sostenedores del gobierno de los EE. UU. de Colombia.

La luna desapareció tras la opacidad de las nuves que cubrieron el firmamento, el trueno resonaba i se repetia en estrepitoso eco en las sinuosidades de aquellos montes, la intensidad de la luz del rayo nos deslumbraba, el agua cayó a torrentes, muchas veces creí oír sobre mi sombrero el golpe de granizos i piedras: pocas veces ha caído sobre mí una lluvia más fuerte. Tratamos de abrigarnos lo mejor que nos fue posible, pero la lluvia no cesó en toda la noche, i dos horas despues de empezado el temporal el agua corria sobre mi propia piel, i mis miembros estaban arrecidos por el frio. ¡Bendito sea Dios! ¡que noche tan horrorosa!

Desde mi más tierna edad me ha dominado la pasión de saber la topografía de las tierras que transito o que descubro con la vista. Siento un positivo placer en estudiar las direcciones de las cordilleras, su posicion relativa: el nacimiento de los torrentes i de los rios: las elevadas cimas, los profundos valles, los majestuosos árboles, la oscuridad de una selva, una cascada, una roca, todo me arropa i me entusiasma. En esta noche de lluvia i de bruma nada ví, nada contemplé; solo sentía los arroyos que pasaban por los cascotes de mi mula esperando a cada momento precipitarme en uno de tantos abismos que aquel camino atraviesa.

Advertidos por nosotros Próspero i Fernando de que debiamos esperar el dia donde don Cristóbal Uribe, re-

cházaron la idea, por estar aquella casa en lo mas concurrido del camino de Fredonia. Fueron de parecer que debiamos ir de preferencia al cerro donde el doctor Juan Bautista Echeverri: Bastó oír aquel nombre para decirme en el acto a tomar la via que conduce a aquella posesion. El doctor Echeverri es mi amigo; ha sido como yo tambien en su jénero victima del gobierno. Tengo confianza de que Juanita Viana su esposa nos recibiria mui bien, i que allí pasaríamos escondidos el dia 5 sin tener que temer nada por nosotros. A pesar de esta resolucion no desistimos de la idea de llegar a saludar a don Cristóval.

Eran las dos de la mañana cuando llegamos allí: recibimos las atenciones que esperabamos y deseábamos de don Cristóval i su estimable familia. Aqui tuve el gusto de ver i de abrazar a N. J. J. M. C. que por una casualidad estaba allí aquella noche. Encontramos tambien al valiente i estimable jóven Justiniano Saldarriaga, de quien en lo sucesivo hemos recibido las mas sinceras pruebas de abnegacion por nosotros. Habia sido mandado por el Padre Juan Clímaco con una contraórden de no detenernos donde Cristóval i que procuráramos pasar de Fredonia, pues él nos aguardaba en el alto de Combia. Aceleramos el paso: llegamos a Fredonia cuando ménos lo pensabamos, la oscuridad de la noche no nos permitió percibirla de lejos: atravesamos sus calles i su plaza: llegamos por tras la Iglesia al pié de una cordillera tajada a pico verticalmente; se despidió de nosotros Fernando Correa sin haberlo conocido: ni él ni Próspero nos habian visto el rostro en toda la noche, ni nosotros a ellos: Justiniano se detuvo en Fredonia a cambiar de cabalgadura; los tres emprendimos subir por aquella roca vertical. A favor de un semicamino labrado en la roca pudimos subir a la cima a las cuatro de la mañana.

¿En donde está el Padre Clímaco? Próspero preguntó por él en una de tres o cuatro casitas que hai en aquel paraje i no pudieron darle informe satisfactorio. La falta al lugar citado a la hora en que habia asegurado se hallaria nos llenó de confusion: el Padre Betancurt i yo estábamos enfermos, arrecidos de frio, observando el ayuno cuadregesimal, sin haber dormido, nuestros vestidos empapados por el agua que nos habia penetra-

do por todas partes, ansiabamos descansar, darnos una frotacion i tomar algun alimento.

El benevolentísimo Próspero nos decia— “En el punto en que nos hallamos no hai que temer a los perseguidores: Cuéntense seguros: podemos llegarnos a cualquier casa: nadie por aqui los conoce, i yo les conservaré el incógnito tratándolos como a particulares”. No era pequeño consuelo al contarnos seguros; ya amanecia el dia 5, nos era imposible resistir la indisposicion que sentiamos i nos acercamos a la primer casucha que encontramos. Era una casucha pajiza con un alar con honores de corredor, cuya altura era medida por nuestra altura; tenia su puertecilla proporcional i una ventanilla. Allí desmontamos, desencillamos, i Próspero se acerca a la ventanilla i llama— ¿quién es? pregunta una voz femenil. Tenga la bondad de abrirnos mi señora— No, no. ¿Nos vende un desayuno? No— ¿No se levanta a abrirnos? No—

Yo me acerqué entonce i dije: Si U. es cristiana i sabe lo que es caridad, háganos el favor de permitirnos el alojarnos un breve rato aqui. La mujer no contestó, pero pasaria media hora al cabo de la cual entre abre la puertecilla. Asoma medio cuerpo; parece reconocer a Próspero i abre, pero midiéndonos a nosotros la altura con sus desconfiadas miradas— Próspero se encarga de proporcionarnos algun alimento, nosotros le suplicamos a la mujer nos permitiera una camita para dormir i no lo consintió. Volvimos nuestros ojos a un aparatico de pulpera que estaba al frente de la puerta, i le suplicamos nos dejara recostar allí; no consintió sino con disgusto. Entonces nos frotamos casi todo el cuerpo con anis que Próspero nos proporcionó: el retrete a donde ibamos a dormir tenia su puertecita de mostrador, su espacio era de cuatro pies de ancho i cinco en su longitud; tenia una barbacoa de palos. Tendimos un balleton húmedo i nos arropamos con el otro. Pude oir algunas frases de un Diálogo entre Próspero i la mujerzuela en que el terrible i desconsolador no salia de los labios de la mujer como balas que llegaban a nuestros pechos— ¿Con que no hai forma de un almuerzo o desayuno— No— ¿Nos vende una gallina? No— ¿Aquel pollo pues? No porque estoi esperando gentes de afuera. ¿aguadulce.....? ya me fue imposible percibir mas porque debajo de la barbacoa en que yaciamos chillaban tres o

cuatro cluecas con tiernos pollitos: unos cuantos marranos entraban i salian buscando desayuno con penetrante chillido: los chicuelos de la mujercilla, unos lloraban, otros gritaban: el gallo cantaba, la gallina cacareaba i reclamaba de nosotros el nido para deponer su huevo. I sin embargo el cansancio i el sueño triunfaron de todas esas armonias infernales: se restableció un poco el calor en nuestro cuerpo magullado i nos dormimos.

Dos horas i media despues los haces de luz i de un radiante sol que penetraban por mil agujeros del pajar, nos despertaron. Nos levantamos inmediatamente. Justiniano Saldarriaga habia llegado; del Padre Juan Clímaco se decia que estaba en el cerro en el antiguo colegio de Ospina. No nos fue mui agradable esta demora.

Se nos anunció el almuerzo: Próspero con su calma, su inmejorable jenio habia triunfado de la tenacidad de la mujerzuela: un pollo con arracachas, unas arepas, i chocolate era el botin de su victoria. Pero las arracachas no se cocieron, el pollo estaba duro, por lo cual dejamos algunos vestigios del dicho almuerzo.

Es necesario ser justos: la desconfianza de aquella mujer era mui natural. No sabia quienes éramos, ella estaba apénas con sus tiernos hijos. ¿Como abrir su puerta a estraños i a una hora extraordinaria? ¡Ojalá que todas las mujeres fueran asi, corrieran menos peligros de su delicado honor! Yo le perdono su resistencia: le perdono tambien la surtida metralla de nones con que evadia todas nuestras exigencias: lo que si no le perdono todavía es que me hubiera exigido siete reales por el pollo.

Las nueve i media del dia llegaron, encillamos i partimos: la atmosfera estaba nebulosa, i la opacidad no nos dejó estender nuestras miradas a lo léjos. Descendimos hacia el Cauca, i despues de un largo trecho ya pudimos ver sus corrientes majestuosas, los inmensos guadales de una i otra ladera, las pequeñas aberturas de sus playas en donde tantos pobres atraidos por el aliciente del plantío del tabaco han hallado una muerte segura: mas allá las abruptas pendientes i las empinadas rocas que circundan el alto valle donde ha sido fundado Jericó.

Como a las dos de la tarde nos alcanzó el Padre Juan Clímaco, le dimos quejas por su demora, i no era sino que las imprudencias medellinenses nos perseguian. Una señora medellinense heredera de un capital de

750.000 pesos paseaba por el Cerro con su familia. Su riqueza la ha persuadido que todos los otros hombres tienen el deber de servirla i de secundar todos sus caprichos: los sacerdotes no estan esentos de sus exigencias. Asi son todos los ricos. A esa familia se le antojo confesarse i comulgar en el Cerro: es seguro que no hubiera transcurrido muchos dias desde que en Medellin hubiera practicado esos actos de religion. Tienen su confesor que les es mui puntual i devoto i aunque oculto tenian medios de entenderse. Pues bien, el Padre Antonio Maria Escobar habia ido al Cerro a tributar homenaje a la rica señora, ofreció los servicios de su ministerio i no los aceptaron, para llamar al Padre José Maria Montoya, sacerdote anciano, enfermo que se ocultaba en unas profundas breñas el cual logró escusarse de las exigencias de esta familia que hubiera podido con mas facilidad acercarse a su morada. Llegó entónces a su noticia que el Padre Juan Clímaco transitaba por aquellos alrededores i lo hizo llamar a su casa: el humilde i condescendiente sacerdote se prestó a satisfacer todas las exigencias de la dicha señora i su familia i esta fue la causa de su detencion.

Reunidos ya en el Balzal continuamos festivos i contentos, no sin temores de otra especie. Desde el Balzal hasta el Cauca hai un trayecto de mas de una legua, a cubierto de selvas i de multitud de peligros para el caminante. Apenas puede comprenderse que el camino sea visitado tan frecuentemente por transeuntes que van i vienen sin cesar. El Padre Juan Clímaco tuvo la jenerosidad de darme la magnífica mula que cabalgaba: de otra manera hubiera tenido necesidad de hacer la travesía a pie con riesgo de mi salud. Llegamos al Cauca en el punto denominado Sátapia: allí usé del lenguaje, de las conversaciones i del talento de un negociante en ganados para que los bogas no sospecharan cual era mi estado o condición. Próspero por su parte contribuyó magnificamente a este engaño pues usaba con nosotros de un lenguaje rudo i de maneras vulgares. Al Padre Juan Clímco, conocido de los bogas, lo tratábamos con mucho respeto. Pasamos felizmente i en la casa del pasero tuvimos por comida huevos tibios i mazamorra.

Alejarnos lo mas pronto posible de las playas del Cauca i acelerar nuestra marcha para dormir lejos de él, nos era necesario, para evitar la fiebre que ataca a todos

los que aspiran los miasmas deletéreos de aquel valle. Atravesamos pues, quiza otra legua de fangales por entre selvas i guaduales a cuya sombra crecen infinitos arizaes que a la sazón estaban florecidos.

Las hermosas i entendidas flores de aquel arbusto han servido para adornar los altares en Medellin i en Belen, en los dias de las grandes solemnidades: ahora en el silencio de las selvas mostraban como avergonzadas su hermosura.

Nos aproximábamos cada vez mas al pie de las cimas i peñascos que es necesario trepar para llegar al valle de Jericó. Pero el sol terminó aquel dia su carrera antes de llegar nosotros a ellas i en la "Leona" nos quedamos en casa de Vasco.

Este señor tiene su casita dividida en dos departamentos :el uno es la habitacion de su familia, el otro es el alojamiento de los huéspedes: este tiene por muebles una mesa i dos barbacoas grandes de guadua rajada; aqui nos instalamos nosotros, habiendo sido la familia Vasco bastante cortez para proporcionarle al Padre Juan Clímaco una buena cama en su propio departamento.— En cuanto a mí despues de la cena de huevos tibios i chocolate, tendi mi ruana sobre las guaduas, puse por almohada mi carriel envuelto en un pantalon i camisa, i me cobijé con el balleton, mi abrigo contra la lluvia i contra el frio.

Una multitud de vichos me molestaron i no pude dormir como acostumbro. Era mui natural, en aquella cama duermen todos los transeuntes que se alojan en aquella posada, i la chinche i la pulga, la nigua i la caranga aguardan alli en cada noche la victima de que han de participar mui fraternalmente.

No pude resistir su retozo sobre mi pellejo mas que hasta le media noche: la luna en el zenit, el tiempo sereno; el ambiente cálido, el canto de la gurría convidaban a andar. Hize levantar a todos mis compañeros de viaje i mui pronto empezamos a trepar el valle de Jericó: subimos a la esplanada: el Padre Juan Clímaco se adelantó con el objeto de solicitar de Fructuoso Escobar o del Presbitero Nicolas Rodríguez unas bestias para que nos llevaran hasta Andes. Poco a poco llegamos a Jericó a las tres de la mañana i seguimos de paso hasta un bosque que hallamos en sus afueras: Allí protegidos contra el frio viento de la mañana detras de un

enorme árbol caído i sobre la hojarasca del bosque me dormí profundamente hasta que la luciente aurora, el gorjeo de las aves monteses, i las voces del Padre i de Próspero me despertaron. Dirijímonos ya a buscar donde desayunarnos i nos acercamos en "Volcan colorado" a la casa del señor Estéban Osorio.

El mundo en sus antiguas convulsiones formó una mesa elevada cuyos límites han sido bien marcados por la naturaleza misma.

El curso del Cauca desde Marmato hasta un poco abajo de su confluencia con el Arma, i desde aqui hasta su confluencia con el San Juan— determinan la base de esta mesa por el oriente i por el norte, i se apoya por el sur en la cordillera de los Andes, que atraviesa la América de polo a polo.

Esta mesa está bañada por multitud de torrentes que forman las hoyas de los ríos Jericó o Piedras, i Cartama los cuales despues de atravesar la mesa de sur a norte se precipitan por cascadas al rio Cauca.

El pueblo de Jericó está construido en el valle alto del rio de su nombre: colocado en el ángulo que forman las dos crestas que separan la mesa del Cauca i del San Juan, ocupa una posicion bella. Los señores Santiago i José Maria Santamaria poseedores de esos terrenos heredados de su padre han protegido la formacion de aquel distrito.

Quise saber alguna cosa del descubrimiento de aquellas montañas separadas del resto del Estado por el pestífero Cauca i por inaccesibles barrancos i ved aqui lo que el viejo Osorio me refirió.

"Yo fui soldado de la independenciam, nos dijo él; era natural de Rionegro: despues de la campaña de Venezuela volví a mi lugar natal. Mi madre habia muerto, i viéndome solo en el mundo me casé— Estuve rodando algun tiempo: Don Juan Santamaría compró al gobierno o capituló estos terrenos, me habló para que viniera a abrir montaña: cuando esto sucedió ya tenia familia crecida, i acosado por la pobreza resolví entrar a estos montes. Llegué a la Mama, asi llaman unas montañas, derribé monte, sembré maiz, i cuando tuve troje fui a Rionegro a traer mi familia. En el tránsito me fué preciso dormir en los guaduales de Cauca, i mi mujer se enfermó, pero llegamos a la Mama".

“Aunque mi mujer se repuso un tanto quedó enferma: poco a poco se fue debilitando i me hizo entrar en cuidados el estado de su salud. Mandé mis dos hijos mayores que fueran a Rionegro a traer recursos i remedios. Ya U. ve, diez i seis leguas hai de aquí a Rionegro, i era la única parte de donde podía proporcionarme algún recurso”.

“Me dediqué a cuidar de mi mujer, pero se agravó su enfermedad i murió. En esta inmensidad de montes no habia mas seres racionales que me acompañaran en tan duro trance, mas que dos niñitas chiquitas mis hijas.

Bajé yo solo el cadaver de mi mujer de la cama, lo tendí en la salita de mi rancho i esperaba a mis hijos para que la vieran antes de sepultarla.— tres dias i tres noches pasaron sin que mis hijos llegaran; al cuarto resolví enterrar el cadaver, abri la sepultura, i arrastrando con una sogá de los pies el cadáver logré llevarla a su sepulcro ¡¡Allá léjos Señor en aquellas aberturas, allá está el sepulcro de mi primera mujer!!

Volvieron mis hijos dos dias después de haberle dado sepultura a su madre: como era natural, tanto los muchachos como yo nos aflijimos demasiado; teniamos una gran troje la abandonamos i nos fuimos otra vez para afuera (Afuera llaman estas jentes los antiguos poblados de Fredonia para Medellin o Rionegro) Volví a casarme i otra vez emprendí trabajo en estas montañas. Mi troje se la regalé a otro para que sé viniera i después de tres años la encontró sin daño el menor; ni ardilla ni gorgojos, ni ratón, ningun animal la habia tocado. Cuando nosotros volvimos hallé en Palenque a José María Bermúdez por manera que podemos decir que Bermúdez i yo fuimos los primeros que exploramos esta tierra”.

Esta relacion satisfizo mi curiosidad, pero llenó de tristeza las circunstancias de la muerte de la mujer de Osorio ¡A cuantas desgracias estan espuestos los hombres! ¡que horrores forman el cortejo de la pobreza!

Después del desayuno, seguimos, no por la urjencia que habia ya de terminar nuestro viaje, sino por buscar un bosque donde rezar las horas canónicas. Desde que hemos estado ocultos hemos tenido la precaucion de rezar en donde no seamos oidos; pero en este dia me impresionó mas que en ningun otro esta circunstancia. Po-

dia pasar alguno, oír nuestras oraciones alternadas, sospechar nuestro estado i vendernos. Unas veces en el retrete escondido de alguna casa, otras en el platanar i no pocas tras los cercados de posesiones habíamos cumplido con este sagrado deber: en aquel día, en lo espeso de un bosque, al pié de antiguos troncos, en lugares donde por cierto, en el largo transcurso de los siglos nunca se habia hecho oír la voz humana para alabar al Creador, allí fuimos nosotros a buscarlo, a dirigirle nuestras plegarias i a celebrar sus alabanzas.

Cumplido este deber seguimos nuestra marcha siempre acia el sur i por la gran mesa que recorre el Jericó. Una cordillera separa este valle del Sanjuan, debíamos trasmontarla, i se acercaba el momento de emprender el paso de dicha cordillera. A su entrada hai una casa, que es el almorzadero jeneral: los compañeros resolvieron despachar allí las dilijencias del almuerzo. Aquí me sucedió un caso gracioso i humillante al mismo tiempo, que quiero que mi madre lo sepa.

Escepto una presa cruda del pollo de Combia, huevos cocidos habian sido nuestro alimento en toda el día anterior. Huevos cocidos era el almuerzo que la señora de la casa iba a prepararnos aquel día: El Padre Juan Clímaco objeto de la predileccion de la señora, como que recibía de él servicios espirituales, pidió sus huevos tibios. Esta exigencia aceptada por la señora con sumo gusto me abrió la puerta para hacer una exigencia de mi parte. Le supliqué no cociera los huevos que me destinaba, i tenia por objeto hacer o enseñar a hacer un caldo que mi madre sabe preparar, i que en pocas partes acostumbran. Fuime a la cocina: observé que la señora destinaba dos para mí, i cuatro para el Padre: con aire de chanza reclamé la injusticia, pidiendo que nos igualara, i entonces ella con voz airada me reconviene diciéndome "conténtese U. con los dos huevos porque estos cuatro son para el padrecito, ¿cómo quiere U. que lo atienda como a él?"

Mi barba crecida, mi traje no le dieron la menor sospecha de que yo fuera sacerdote. Tenia razón la señora en obsequiar al Padre con preferencia i estoy seguro que si ella supiera quien habia sido yo cuando yo valia algo, me hubiera atendido lo mismo. Este incidente nos sirvió de tema después para reirnos i distraernos.

El resultado final fué que tuve que resignarme sin

replicar: hize con los dos huevos mi caldo, que por cierto me quedó bueno: almorcémelo, i emprendimos atravesar la cordillera.

Este tránsito no es largo: me pareció no esceder de tres cuartos de legua, pero es el camino mas malo que he visto en mi vida. Nadie que haya intentado pasarlo a bestia ha podido decir, que no ha caido i que no ha sido revolcado en el lodo: atravesarlo en peon es exponerse a matarse: a pie no es sino mui difícil, i es sin embargo el único recurso. Este camino lo llaman la "Llorona" i en él se halla el alto de las "Lanas" yo lo llamaria "las horcas caudinas" de los mas valientes i atrevidos jinetes que osaron cabalgar cualquier bruto en aquellas sendas. Hai sin embargo bestias amaestradas que ofrecen alguna seguridad: los buenos officios del Padre Juan Climaco me proporcionaron un buen macho, i entré a aquellos intransitables barriales.

Mui pronto encontré con que alimentar mi imaginacion fecunda en tristes reflexiones. La feracidad de estas montañas, la abundancia de frutos atrae los pobres de los pueblos de afuera a buscar un campo donde el riego de su sudor asegure su porvenir i el de sus familias. Una pequeña caravana de estos desdichados atravesaba la "Llorona" con direccion a Andes. Eran un pobre i su mujer, cuatro hijos dos varones i dos niñas: el hombre traia apoyada en su brazo a la mujer: el hijo mayor sostenia a la hermana, i en silleta cargaba sobre sus espaldas al hermanito menor que tendria cuatro años: se echaba de menos quien sostuviera los debiles e inseguros pasos de la niña menor, i quien arreara una jaca cargada probablemente con los harapos i abrigos de esta pobre jente.

Sucedia pues que el jóven deponia a veces su carga i el anciano dejaba reposar su esposa, para volver atras i ayudar a los hijos a vencer las dificultades i arrear su acémila.

No escaseaban las caidas, a veces quedaban atollados en el fango, otras tenian que trepar por barrancos agarrándose con dificultad de las raices o de los ramos de los pequeños arbustos. En estas dificultades los niños lloraban las lagrimas del pobre que siempre son silenciosas y resignadas; son la espresión pura de la congoja de su desventurada suerte, sin quejarse a nadie,

sin esperar de ningun mortal algun alivio, i exhalando entre sus sollosos bendiciones a Dios, que misericordiosamente les niega las riquezas que enjendran la soberbia, el orgullo, la impaciencia, las blasfemias, la impiedad i la corrupcion.

¿A donde van estas jentes? a buscar un domicilio. De que huyen? del hambre i de la miseria. ¿que intereses, que afecciones dejan en pos de sí? Ningunos: sus riquezas son sus brazos, i allí van todos los seres que se vinculan por un mutuo amor: el esposo lleva a la esposa i a sus hijos; estos a sus padres i hermanos: la madre va asociada a las esperanzas de su ancianidad—Nadie los espera aca, nadie los persigue alla, porque del ignorante i del pobre nadie se promete favores, i su ausencia es un bien para el rico porque sus ruegos i su miseria no turbarán ya sus placeres. ¡Oh pobres! Seaos Dios propicio, que él guie vuestros pasos; tened confianza en él, i no perecereis.

Recordaba mis hermanas, todas ellas escasas i mui particularmente mi Agueda, ¿quien sabe, me decia yo, si urjidas por la miseria alguna o algunas de mis hermanas tendrán que traer sus hijos a estos lugares en solicitud de pan? ¡Oh hermanas mias! ¡O queridos sobrinos! yo pienso mucho en vosotros! que infelices no hemos sido!

Llegados al alto de Lanas un nuevo horizonte se presentó a mi vista. Todo el valle de San Juan, con sus afluentes, sus cordilleras que lo circundan, sus colinas, sus eternas selvas, sus fértiles y productivas haciendas. Colocado de frente al sol poniente, se descubre el rio Sanjuan que arrastra sus aguas de sur a norte en un cauce formado entre rocas; impetuoso ruje sordamente i nadie se atreveria a pasarle a pié sin temeridad; en su curso de mas de doce leguas no ofrece mas que un lado facil en el punto llamado el "Gólgota": los Farallones con su majestuosa elevacion, su caprichosa forma, sus agudos picos i de laderas inaccesibles limitan el horizonte por el occidente: allá mui léjos al norte se notan las montañas i el pueblo de Concordia, i dirijiéndose hacia el sur se notan las otras cañadas por donde corren de los Farallones acia el Sanjuan, el Barroso de largo curso, el Bolívar torrentoso en una de cuyas laderas se levanta el pueblo de Bolivar que per-

cibí mui claramente, el Pedral, el manso Guadualejo, el Tapartó, el Andes, Santarita i Santabábara, rios tributarios del Sanjuan a su izquierda, cada uno de los cuales ofrece un caudal de aguas igual o mayor que el Medellín. A la derecha llevan sus aguas empezando por el norte el Mulato, Cañaverál, Sanbartolo, el Jardin, Riojurgo i Docató. A mi izquierda i allá a las orillas del Sanjuan en la confluencia con Andes o Chaparral muestra el pueblo de Andes todas sus casas i sus calles. Era allí donde se me prometía seguridad i asilo i no se me engañó, Andes es la ciudad de refugio el asilo de los Sacerdotes perseguidos, sus habitantes son hermanos que se sacrifican por mi seguridad.

Del alto de Lanas contemplé las magnificas haciendas que el laborioso antioqueño ha plantado en los lugares que diez años ha no habia mas que selvas habitadas por una tribu de indios, i por las fieras como el tigre, el zahino etc. En frente de mí pero allá al pie de la cordillera en cuya cima me encontraba me mostraron una espaciosa manga junto a las orillas del rio: allí fué la bodega, me dijeron, allí hubo casas que habitaron los primeros que descubrieron este pais; allí está el lugar donde fue enterrado Restituto Ramirez que murió tristemente i cuya historia es horrorosa:

Mas abajo me mostraron otro campo; llama la Ciudad me dijeron: despues de derribados los montes i convertidos en prados se descubrieron en aquel lugar señales de calles i plazas de una antigua ciudad; se han hecho escavaciones i se han hallado multitud de indicios de haber habido poblado de jentes civilizadas—Chapas, campanas, cuchillos, herraduras, aldabones, cimientos son los objetos que mas comunmente se han encontrado. Hai una tradicion que dice, que hubo allí una ciudad fundada por los españoles; que los indios habitantes de estas tierras se conjuraron contra ellos, i que en una noche degollaron todos sus habitantes i quemaron todas sus casas.

Guaticamá, un indio viejo que murió hace poco tiempo decia que fué cierto que hubo ciudad fundada por los racionales, (asi llaman los indios a los que no lo son); que el padre i el abuelo le contaban que ellos habian conocido los racionales; pero que no hubo tal incendio, sino que los racionales se fueron yendo poco a poco has-

ta que dejaron la ciudad sola. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que aqui hubo españoles que fundaron un pueblo que se destruyó, que las selvas volvieron a crecer, los indios fueron pacíficos poseedores de este territorio, i que de veinte años para aca primero fue asilo de criminales que venian a escapar de la vindicta pública, i hoi es un jardin, un granero en donde el pobre halla su subsistencia segura.

Muchas tribus de indios debieron habitar esta comarca, porque no hai un solo morro, un soto donde no se encuentre un vasto cimiterio— sus huesos han sido revueltos porque la codicia humana ha ido a buscar el oro en aquellos antiguos sarcófagos.

Mui pocos restos sobreviven ahora a aquellas antiguas i poderosas tribus. Guaticamá Panchí, Seguro-Naquiana. Tócoma Basiásqui, Táscon son las unicas familias de las cuales he visto algunas personas.

Se pondera la fecundidad de estos terrenos i toda ponderacion es menor que la realidad. Diré lo que he visto: un árbol de yuca ha dado seis arrobas de yuca; se ha visto yuca que tiene vara i media de larga, i cuatro pulgadas de diámetro; la batata i la mafafa son sin igual; la caña de azúcar no se acaba jamas, el plátano es de un gusto delicioso. En lo que mas se nota la abundancia es en el maíz; da de cosecha i de atraviesa, se siembra en las rosas sin quemarlas, cada mata de siete a ocho granos; i los agricultores me han sorprendido con una paradoja, que es necesario sembrar asi de a muchos granos en mata, porque de a pocos granos no se coje nada, i esta es la verdad.

En este valle se hallan todos los temperamentos, desde los ardores del Cauca hasta los fríos de los páramos, i se nota en los ganados que no les da gusano cualquiera que sea su calidad, i cualquiera el temperamento en que esté.

Cuando la imaginacion está preocupada con ideas tristes, todo lo que se ve, todo lo que se examina despierta ideas melancólicas: no se halla mas distraccion que la que procede de la variacion de objetos melancólicos. Todo lo que yo veía de Lanas i todo lo que se me contaba me sujeria algo que me enternecia.

Empezamos pues a descender, no sin temores porque temia ser conocido de algun transeunte: no nos atreviamos a entrar al pueblo de Andes, por lo que nos que-

damos el Padre Betancurt i yo en Campo-alegre, a un tercio de legua del poblado, en casa de don Antonio Maria Posada, marido de doña Paula Vélez.

Es don Antonio María Posada hermano lejítimo de José Antonio Posada el bandido de Belen! Que contraste Dios mío! Abel i Cain, Isaac e Ismael, Jacob i Esaú, Juan el amado i Júdas pueden marcar la diferencia que hai entre estos dos hermanos: doña Paula Vélez es digna consorte de don Antonio Maria. Con él vinieron a esta comarca sus cuñados Braulio Vélez y José María Vélez, este último casado con Abigail Saldarriaga, hermana de Ulpiano. Nuestra situacion interesó vivamente a estas piadosas familias, i su dulzura, sus atenciones, sus respetos empezaron a hacerme amar este valle en el cual establecería mi domicilio con la mayor voluntad si estuviera a mi propia eleccion.

Nos instaban de Andes para que nos fuéramos al pueblo i no permanecieramos en el campo. El Padre Betancurt sufría de unos granos en una pierna, i yo tenia los pies hinchados, no obstante esto, el diez de marzo por la noche ecompañados de don Francisco Ochoa i su yerno Alejandro Restrepo nos fuimos para Andes. Nos llevaron a la casa de habitación del Padre Juan Climaco que está contigua a la del doctor Pedro Antonio. La señora Cruzana Restrepo de Restrepo i la señorita Maria Tereza Restrepo nos arreglaban camas cuando llegamos... encojimiento de dejarme ver, en el traje en que estaba de estas señoras Medellinenses, de las cuales Cruzana habia sido mi hija espiritual; en retorno, ellas no estaban ménos encojidas porque recordaban al severo Padre Gómez Anjel que en Medellín les infundia respeto y tal vez temor. A pocos momentos llegó el doctor Pedro Antonio, nos dió un estrecho i cordial abrazo. exigió del Padre Juan Clímaco que mientras nosotros estuvieramos en aquel pueblo comeríamos en su mesa; aceptamos con muchísimo gusto su ofrecimiento.

Quien haya tratado al doctor Pedro Antonio habrá comprendido que su corazon es un libro abierto, franco, claro, intelijible. En ninguna mesa podíamos sentarnos con mas confianza que a la suya: él no sabe ni mentir, ni finjir; él no espera retribucion de nosotros. Sus favores son espontáneos i nacen de su cristiana i evangélica benevolencia. En su casa, pues, hemos estado co-

mo si fuéramos sus hijos, i su estimable i respetable Cruzana, sus simpáticos Feliz María i Pedro Pablo, sus encantadoras hijas Maria Teresa, Anita, Helena i Felicia han suspendido con su cariño el peso de nuestras desgracias.

El doctor Pedro Antonio ha hecho mas por nosotros: nos ha inspirado la mayor confianza de nuestra seguridad.

Aquí no hai un solo pícaro, nos dice él; aqui no alcanza el ruido de la tempestad, las oleadas de persecucion no llegan a esta mansion de tranquilidad i de paz. Efectivamente mui pronto sentimos por esperiencia la verdad de sus asertos, i hombres i mujeres i pobres i ricos, conservadores i liberales nos visitaron i cada uno nos ofrecia sus servicios i nos garantía nuestra personal seguridad. El Alcalde el Sor Nicanor González no se desdeñó de visitarnos i prometernos seguridad. ¿Que mas podiamos nosotros desear?

Cada cual queria que fuéramos a sus casas para tener el gusto de obsequiarnos, cada cual cree que en su casa estamos mas seguros, i no podemos resistir a sus instancias. Encallecidas las plantas de nuestros pies podiamos andar a grandes distancias de a pie. El 15 por la noche fuimos a la posesion de Eusebio Jaramillo llamada el Rubicon. Su esposa Isabel Mesa, bella como una flor, inocente como la primera sonrisa, nos sirvió i atendió como una buena madre. Sus maneras, su modestia revelan el fondo de virtud que ha sabido transmitir a Soledad su hija mayor, i a tres niños mas que constituyen de aquella familia una reunion de Anjeles. Aquí como en todas las demas casas que hemos visitado se celebraba el santo sacrificio i se le administraban a todos los miembros de la familia los santos sacramentos.

Con nuestro corazon rebozando en agradecimiento volvimos a Andes el 18 por la noche: la Cruzana i las niñas Restrepos se mostraron quejosas por nuestra ausencia mayor que la que les habiamos prometido.

El 19 dia de San José, comulgúe i hubo un crecido numero de comuniones.

Volvimos a ser el objeto de las atenciones constantes del doctor Pedro Antonio i su noble familia. En el curso de estos dias nos regalaron las señoritas hijas del doctor un Magnifico frac de listado de lino a cada uno.

Juan Francisco Jil, jóven seminarista que promete esperanzas para la relijion i para la Iglesia, a quien el vendabal de la persecucion ha arrojado a esta tierra hospitalaria, me regaló tambien una camisa, i me prestó oportunos e importantes servicios. No puedo dejar de hacer mencion de incidentes como estos, porque son para mi dignos de una gratitud eterna: ojalá me sea dado hacer por Jil lo que deseo hacer por González.

El 22 nos madrugamos para el Andes o Chaparrala, con designio de volver el 25 para ir a Santarita a casa de nuestro Próspero. Este dia hubo un incidente: partimos sin desayunarnos por no molestar la cocinera; en Sampedro nos proporcionó desayuno Mariano Restrepo, el hermano Betancurt no pudo tomarlo porque era detestable! pobrecitas gentes! Nos daban lo que tenían. Yo me engullí todo mi desayuno, e hice la prueba de que de hambre no me moriria, pues mi estómago resistia cualquier cosa.

Admirando la majestad imponente de las selvas, i armonioso o mas bien melodioso canto del jilguero adelantamos nuestro camino, hasta llegar donde Ramon Restrepo que nos tenia preparado un magnifico almuerzo, i donde el señor Carlos E. Velasquez hicimos parada. Era el objeto de nuestra visita a aquellos lugares administrar los santos sacramentos a los fieles que habitan allí; el 23 paseamos por la noche empezaron los trabajos del hermano Betancurt: el 24 dia de mi cumpleaños estuve aflijido i triste i por la noche Bautista Ríbas que me conocia me instó para que hiciera una plática. La casita donde estábamos se atestó de aquellos buenos fieles i les prediqué un sermoncito en honor de MARIA, cuya anunciacion celebra la iglesia el dia siguiente. Curiosa debió ser aquella escena, descalzo, de ruana, en la hondura de una cañada en una casucha estrecha, repleta de jente hasta en los zarzos, yo predicaba las glorias de Maria objeto de mi constante amor i con cuyas alabanzas he hecho resonar tantas veces los mas espaciosos templos.

El 25 pasamos a otra casa, a la de Valeriano Ron- don: por la noche hubo mas jente que en la anterior; buscaban alguna palabra de doctrina, les prediqué sobre la gravedad del pecado mortal.

Ochenta i una comuniones hubo en esta montaña; entre ellas la de una niña de primera confesion a quien

yo hize adornar con flores silvestres. ¡O niña! te recordaras que tu primera comunión fue en un estrecho pajar, lejos de los templos, recordarás con sorpresa cuando llegues a mayor edad, como ha sido posible que una religión tan santa como la que profesas se ha visto obligada a celebrar sus misterios al pie de las rocas de los Farallones, i en el alto de la montaña!

Hoy 26 nos despedimos de toda la jente que no ha sabido como expresar su cariño i compasión por nosotros.

Una cordillera nos separaba de Santarita; resolvimos no volver a Andes i atravesarla sin camino i por la hoya: así lo hemos hecho. Al trasmontarla, nuestro Próspero advertido oportunamente de nuestra resolución ha venido a esperarnos para conducirnos a su casa. Aquí me hallo en este día desde aquí dirijo a mi querida i adorada Madre la historia que precede.

Mis cuitas i trabajos no han concluido: por consiguiente tampoco está terminada su historia que le prometo continuar: Su lectura le arrancará lagrimas, ¿Cuando has dejado de llorar, Madre querida, sobre la memoria de tu hijo? Hoy que estais viuda, hoy debemos estrecharnos mas, i vos Madre i yo tu hijo, hemos de ser dos seres vivientes el uno para el otro; como las lianas i las yedras estrechan el nudoso tronco del árbol, así vos i yo vivimos en unión perpetua.

Quiera Dios que mi narración i mi historia lleve a su alma la consolación que inspira la persuación de que su desdichado hijo no vive sino para U. No piensa en otra cosa que en U. Adios Madre querida. José Ma. Gomez Anjel.